

H.P. BLAVATSKY



ARTICULOS TEOSOFICOS

OBJETIVOS DEL MOVIMIENTO TEOSOFICO

- I. La formación de un núcleo de Fraternidad Universal humana, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color.

- II. El estudio comparativo de religiones, filosofías y ciencias, antiguas y modernas; y la demostración en la práctica de la importancia de ese estudio.

- III. La investigación de las leyes inexplicadas de la Naturaleza, y de los poderes psíquicos latentes en el hombre.

Prefacio

En estos días en que la conciencia está despertándose, acompañada por un interés en favor del bienestar del mundo natural, el artículo de H.P.B.: “¿Tienen Alma los animales?”, que apareció en tres partes en la revista “Theosophist” de Enero, Febrero y Marzo de 1886, es particularmente apropiado para el estudio. Más de un erudito actual ha deplorado la declaración cristiana de que el animal está desprovisto de alma, justificando su cruel explotación para satisfacer la conveniencia humana. En este examen atento de la doctrina cristiana, H.P.B. demuestra la debilidad moral y las contradicciones en las argumentaciones de los sofistas.

Es interesante notar cuáles cuestiones importantes afloran con relación a este asunto, reconociendo que H.P.B. consideró pertinente prestar minuciosa atención, no sólo a las distorsiones y al razonamiento equivocado de los doctores de la iglesia; sino mostrar, también, las conciencias preocupadas de algunos de los escritores cristianos. Es otro tanto importante el trabajo que H.P.B. hace para delinear las consecuencias de la suposición materialista de algunos escritores, inconmensurablemente influyentes, como René Descartes y John Locke. El reconocimiento general del mal, fruto de los fundadores de la perspectiva moderna, es relativamente reciente. Vale la pena notar, también, lo que H.P.B. dice en reconocimiento de San Pablo y Leibnitz.

El artículo: “Por Qué Sufren Los Animales?”, publicado en la revista “Lucifer” de Mayo de 1888, identifica la crueldad común que los occidentales ejercen sobre los animales; hábito que está afectando al oriente, infiltrando una indiferencia similar hacia el sufrimiento de los animales. Ella concluye su breve respuesta a la pregunta de un lector, culpando esta crueldad al “sistema nocivo de la teología, largos siglos de teocracia y el egoísmo feroz y en constante ascenso en los países occidentales civilizados.” Parece que vale la pena mencionar a un eminente profesor de estudios medievales en la Universidad de California, Lynn White Jr, según cuya observación (en la revista “Science” del 10 de Marzo de 1967), fue el cristianismo “en insistir que es la voluntad de Dios la que induce al ser humano a explotar la naturaleza para sus propios fines”, idea, ésta, en neto contraste con aquellas paganas y las religiones de Asia. El agrega que si la ciencia y la tecnología ahora están descontroladas, actuando como enemigas del ambiente natural, “el cristianismo es altamente culpable de esto.”

En un mundo donde la tasa de suicidios parece en constante aumento, la enseñanza teosófica acerca de este crimen tan desastroso, asume una gran importancia. Publicamos, en su versión integral, una carta enviada a la revista “Theosophist” para explorar esta cuestión, no sólo a fin de facilitar el entendimiento de la respuesta de H.P.B., sino también para ilustrar cuán plausible pueda parecer el razonamiento de quien ignora los factores ocultos involucrados, considerando el asunto, según la perspectiva ofrecida sólo por las experiencias terrenales. El artículo: “¿Es El Suicidio Un Crimen?”, fue publicado en la revista “Theosophist”, de Noviembre de 1882. Además de ofrecer una respuesta directa al investigador, la réplica de H.P.B. indica al estudiante la gran variedad de los estados después de la muerte y, también, el motivo como factor determinante en todo caso.

El artículo: “¿Es El Feticidio Un Crimen?”, publicado en el “Theosophist” de Agosto de 1883, ignora las argumentaciones de los varios *ismos* sobre la cuestión del aborto, dando una razón oculta a fin de evitar esta “práctica inmoral y peligrosa”. H.P.B. define el feticidio: “un crimen en contra de la naturaleza”, sin embargo no espera que los no creyentes en la idea del alma, acepten su explicación y advertencia.

El Artículo: “El Idealismo Moderno, Peor Que El Materialismo”, apareció en la revista “Theosophist”, Vol. XVIII, Número 1, Octubre 1896, pag. 9-12.

En el periodo de su publicación, el editor lo introdujo diciendo: “el siguiente artículo vigoroso de la pluma de H. P. Blavatsky, ha llegado a mis manos muy recientemente y, análogamente a todos sus escritos, valdrá la pena leerlo.” No hay ninguna otra información acerca de la fecha en la cual se escribió. La prueba interna muestra que se redactó en un periodo en que las páginas del “Lucifer” acogían una discusión considerable sobre el tema del Hilo-idealismo, es decir, en el otoño de 1887; inmediatamente después del estreno del “Lucifer”. En sus: “Apuntes Literarios”, publicado en el “Lucifer” de Septiembre

(Vol. I, pag. 71-75), H.P.B. usa varias expresiones del mismo panfleto de “C.N.”, que es mencionado en el artículo en cuestión. Por lo tanto se puede afirmar, con cierta seguridad, que se escribió, aproximadamente, en el mismo periodo.

“Unas Perlas de Sabiduría de H. P. Blavatsky”, es una breve colección de extractos entresacados de varios artículos y cartas de H.P.B.

¿Tienen Alma Los Animales?

I

La tierra entera, constantemente embebida de sangre, es sólo un altar inmenso sobre el cual *todo lo que vive debe inmolarsse*, sin fin e incesantemente [...]

Conde Joseph de Maistre (“Noches” I., II, 35.)

Muchas son las “supersticiones religiosas obsoletas” orientales que las naciones occidentales, a menudo, toman como blanco para sus burlas desacertadas. Entre éstas, se destaca el ridículo y la provocación práctica que se atribuyen al gran respeto que los orientales sienten por la vida animal. Los *carnívoros* no pueden simpatizar con los que se abstienen de comer carne completamente. Nosotros, los europeos, somos naciones de bárbaros civilizados, separados sólo unos milenios de nuestros antepasados cavernícolas que chupaban la sangre y la médula de los huesos crudos. Por lo tanto: es natural que, quienes consideran la vida animal tan barata en sus guerras frecuentes e inicuas, descuiden completamente las angustias mortales de la creación animal, sacrificando, diariamente, millones de vidas inocentes e inofensivas; siendo demasiado epicúreos para devorar el bistec de tigre o las chuletas de cocodrilo, ya que necesitamos alimentarnos con corderos blandos y faisanes con plumas doradas. Todo esto está acorde con nuestra era de cañones Krupp y vivisectores científicos. Al mismo tiempo: no hay que sorprenderse si el europeo bravo se burla del manso hindú, el cual tiembla de horror con la simple idea de matar una vaca, ni nos sorprende si el europeo rechaza simpatizar con el budista y el jaina en su respeto por la vida de toda criatura: desde el elefante hasta el mosquito.

Sin embargo, si el consumo de carne se ha convertido en una necesidad vital, “la excusa del tirano”, en las naciones occidentales; si una multitud de víctimas en toda ciudad, pueblo y rancho del mundo civilizado debe ser matada diariamente en los templos dedicados a la deidad, denunciada por san Pablo y adorada por los seres humanos, “cuyo Dios es su estómago”; si todo esto y mucho más, es inevitable en nuestra “edad de Hierro”, ¿quién puede presentar la misma excusa para el deporte? La pesca, el tiro y la caza a los animales, las “diversiones” más fascinantes de la vida civilizada, son ciertamente las más reprobables desde el punto de vista de la filosofía oculta, las más pecaminosas a los ojos de los seguidores de estos sistemas religiosos que son el resultado directo de la Doctrina Esotérica: el hinduismo y el budismo. ¿Está completamente desprovisto de *alguna* buena razón, el hecho de que los feligreses de dichas dos religiones, ahora las más antiguas, consideren al mundo animal, desde los cuadrúpedos enormes hasta los insectos infinitamente pequeños, como sus “hermanos menores”, a pesar de lo ridículo que la idea pueda parecer a un europeo? Consideraremos debidamente este punto, enseguida.

A pesar de lo exagerado que la noción pueda parecer, es cierto que son pocos los que pueden imaginarse, sin estremecerse, las escenas que acontecen cada mañana en los innumerables mataderos del llamado mundo civilizado o hasta las que se producen durante la “temporada de caza.” El primer rayo de sol aun no ha despertado a la naturaleza dormida, cuando, desde todos los puntos cardinales, se preparan miríadas de hecatombes, para saludar la salida del sol. Jamás el Moloch pagano se satisfizo con un tal alarido de agonía procedente de sus víctimas, como el lamento lastimoso que, en todos los países cristianos, reverbera como un largo himno al sufrimiento en la naturaleza entera, todo el día y cada día, desde la mañana hasta la noche. En la antigua Esparta, cuyos ciudadanos austeros eran menos sensitivos a los sentimientos delicados del corazón humano, una vez que se condenaba a un niño por haber torturado un animal a fin de divertirse, le esperaba la pena capital, siendo su naturaleza tan malvada, que no se le podía permitir vivir. En cambio, en la Europa civilizada, que se adelanta muy rápidamente en todo, excepto en las virtudes cristianas, el *poder* sigue siendo, aun hoy, sinónimo de *derecho*. La práctica completamente inútil y cruel de disparar a una gran cantidad de aves y animales sólo como simple deporte, se lleva a cabo con gran fervor en la Inglaterra protestante, donde las enseñanzas misericordiosas

de Cristo casi no han suavizado los corazones humanos más que en los días de Nimrod, “el cazador poderoso delante del Señor.” La ética cristiana se vuelve, de manera conveniente, en silogismos paradójicos, así como acontece con la de los “paganos.” Un cazador, una vez dijo a la escritora que: “cómo ningún gorrión cae en el suelo sin la voluntad del Padre”, aquél que mata, por deporte, digamos cien gorriones, ¡hace cien veces la voluntad del Padre por cien veces!

Un destino difícil es el de las pobres criaturas animales, que la mano humana recrucece en una fatalidad implacable. El alma *racional* del ser humano parece nacer para convertirse en la asesina del alma *irracional* del animal, en el sentido completo de la palabra; ya que la doctrina cristiana enseña que *el alma del animal muere con el cuerpo*. ¿Quizá la leyenda de Caín y Abel no tuviese un doble sentido? Consideren la otra desgracia de nuestra era de cultura, los mataderos científicos llamados “aulas de vivisección”. Entren en unas de estas salas en París y observen a Paul Bert, o a algún otro de estos hombres, justamente llamados “los carniceros cultos del Instituto”, mientras ejecutan su terrible trabajo. Es suficiente traducir la descripción explícita de un testigo ocular, un autor francés muy conocido, que ha estudiado atentamente el método operativo de estos “verdugos”.

“La vivisección”, dice él, “es una especialidad en que la *tortura*, economizada científicamente por nuestros carniceros-académicos, es aplicada durante los días, las semanas y hasta los meses, a las fibras y a los músculos de la misma víctima. En esta tortura se usa cualquier tipo de arma, ejecutando su análisis ante un público despiadado, repartiendo, cada día, la tarea entre diez aprendices: uno *trabaja* sobre el ojo, otro sobre la pierna, el tercero sobre el cerebro, un cuarto sobre la médula y cuyas manos inexpertas logran, al anochecer y después de un duro día de trabajo, dejar disecados los restos del animal vivo que se les ordenó *cinzelar y que*, en la noche, se le cierra atentamente en un sótano para que al día siguiente, se pueda volver a trabajar sobre la víctima, ¡si le queda sólo un respiro de vida y sensibilidad! Sabemos que los defensores de la ley Grammont han tratado de rebelarse contra esta abominación; sin embargo, París se ha mostrado más inexorable que Londres y Glasgow.” (“Acerca de la Resurrección y del Milagro”. E. de Mirville.)

A pesar de todo, estos caballeros se ufanan del *gran* objetivo a seguir y de los *grandes* secretos que han descubierto. “¡Horror y mentiras!”, exclama el autor mencionado previamente. “¡En lo que concierne a los secretos, exceptuando unas pocas localizaciones de las facultades y movimientos cerebrales, conocemos sólo un secreto que les pertenece por derecho: es el de la tortura eterna, comparada a la cual, la terrible ley natural de *autofagia* (el comerse mutuamente), los horrores de la guerra, las masacres divertidas por deporte y los sufrimientos del animal bajo el cuchillo del carnicero, son nada! ¡Gloria a nuestros científicos! Han superado toda forma previa de tortura, quedándose, ahora y para siempre, como los reyes de la angustia y la desesperación artificiales sin ninguna contestación posible” (“Acerca de la Resurrección y del Milagro”, E. de Mirville.)

El pretexto usual para despedazar, matar y hasta torturar legalmente los animales, como acontece en la vivisección, se encuentra en uno o dos versos en la Biblia y su sentido mal digerido que el llamado escolasticismo, representado por Tomás de Aquino, ha desfigurado. Hasta De Mirville, el ardiente defensor de los derechos de la iglesia, define estos textos como: “tolerancias bíblicas que *Dios impuso* después del diluvio, así como muchas otras, basadas en el decaimiento de nuestra fuerza.” A pesar de todo, otros textos contradicen ampliamente los mencionados en la misma Biblia. El carnívoro, el cazador por deporte y hasta el viviseccionista, si entre estos últimos hay quienes creen en una creación especial y en la Biblia, generalmente mencionan, por justificarse, ese verso en el Génesis en que Dios da al Adán *dual*: “el dominio sobre los peces, las aves y todos los animales que se arrastran.” (Cap. I., v. 28) Según la interpretación cristiana: esto es el poder de vida y muerte sobre todo animal en el globo. A esto, el brahmán y el budista mucho más filosóficos, pueden replicar: “No es así. La evolución empieza a moldear las humanidades futuras dentro de las escalas menores del ser. Al matar a un animal o a un insecto, detenemos el progreso de una entidad hacia su meta final en la naturaleza: el Hombre.” “Amen”, contestará el estudiante de filosofía oculta, agregando que, dicho acto no sólo retrasa la evolución de la entidad en cuestión; sino que detiene la de la raza humana siguiente y más perfecta.

¿Cuáles de los dos contrincantes tiene razón y quién es el más lógico? Obviamente, la respuesta dependerá de la creencia personal del árbitro escogido para decidir las cuestiones. A la pregunta: “¿por

qué el homicidio debería considerarse como el crimen más horrible contra Dios y la naturaleza, mientras el asesinato de millones de criaturas vivas, una simple diversión?, el creyente en la llamada creación especial contestará: “porque el hombre fue creado a imagen de Dios y vuelve la mirada *hacia arriba*, a su Creador y a su lugar nativo: el cielo; mientras la vista del animal se dirige *hacia abajo*, la tierra, que es *su* lugar nativo; ya que Dios dijo: ‘que produzca la tierra toda clase de animales: domésticos y salvajes y los que se arrastran por el suelo.’” (Génesis, I, 24). Nuevamente: “porque el ser humano está dotado de una alma inmortal; mientras el animal no es inmortal ni sobrevive brevemente después de la muerte.”

A todo esto, una persona que razona y está libre de prejuicios podría contestar que, si la Biblia debe ser nuestra autoridad en esta cuestión delicada, en ella no se encuentra la más mínima prueba de que el lugar nativo del hombre es el cielo y el de las criaturas que se arrastran por el suelo no lo es; sino el contrario; ya que en el Génesis leemos que, si Dios creó a los “hombres” y “los” bendijo (Cap. I, V. 27-28), creó también “las grandes criaturas marinas” y “las bendijo” (21, 22). Además, “Dios, el Señor, formó al hombre del polvo de la tierra” (II, V. 7) y el “polvo” es seguramente tierra pulverizada. Salomón, el rey y el predicador, es seguramente una autoridad y todos admiten que había sido el sabio más cuerdo de la Biblia. En Eclesiastés (Cap. III), él expresa una serie de verdades que ahora hubieran debido haber dirimido toda disputa sobre el asunto. “Los hijos de los hombres [...] podrán ver que ellos mismos son bestias” (V. 18) “Los hombres y los animales tienen el mismo destino [...] nada de más tiene el hombre que el animal” (V. 19) “todos van al mismo lugar, todos son del polvo y allí volverán” (V. 20) “¿quién sabe que el espíritu del hombre *asciende* y el del animal *desciende* en la tierra?” (V. 21) “¿Quién lo sabe! verdaderamente; es cierto que ni la ciencia ni la “escuela teológica”.

Si el objetivo de este artículo fuese predicar el vegetarianismo basándose en la autoridad de la Biblia o de los Vedas, sería una tarea muy simple. A pesar de que es cierto que Dios dio el “dominio sobre toda cosa viva” al Adán *dual*, el “masculino y el femenino” del primer capítulo del Génesis, quien no tiene nexo alguno con nuestro antepasado, influenciado por la mujer, del segundo capítulo; sin embargo, en ningún lugar encontramos que “Dios, el Señor”, ordenó a Adán o al otro, que devorara la creación animal o que la destruyera por deporte, sino lo contrario. Dios, indicando al reino vegetal y “a las plantas de la tierra que producen semillas”, dice claramente: “todo eso les servirá (a los hombres) *como alimento*.” (I, 29)

Tan viva era la percepción de esta verdad entre los primeros cristianos, que durante los primeros siglos nunca tocaron la carne. En “Octavio”, Tertuliano escribe a Minucius Félix: “a nosotros los cristianos, *quienes rechazamos probar los platillos en que pueda encontrarse una mezcla de sangre animal*, no se nos permite presenciar ni oír la narración de un homicidio.”

La escritora no predica el vegetarianismo, simplemente defiende los “derechos de los animales” y trata de mostrar la falacia de descuidar estos derechos, basándose en la autoridad bíblica. Además, argüir con quienes razonan siguiendo estas líneas de interpretación errónea sería inútil. Quien rechaza la doctrina de la evolución, siempre encontrará su camino pavimentado por dificultades; por ende, nunca admitirá que es mucho más coherente con el hecho y la lógica: considerar al hombre físico simplemente como la transformación evolutiva reconocida de los animales y, el Ego espiritual que lo *ilumina*, como un principio intermedio entre el alma del animal y la deidad. Sería inútil decirle que, a menos que acepte, no sólo los versículos mencionados para justificarse; sino toda la Biblia a la luz de la filosofía esotérica, capaz de reconciliar la gran cantidad de contradicciones y *aparentes* absurdos contenidos en ella, jamás obtendrá la clave de la verdad; ya que no creará en ésta. Sin embargo, toda la Biblia está salpicada de referencias a la caridad hacia los seres humanos y a la misericordia y amor hacia los animales. El texto hebraico original del capítulo XXIV del Levítico, está pletórico de ello. La traducción actual de los versos 17 y 18 es: “el que mate una cabeza de ganado, tendrá que reponerla: animal por animal”; mientras el original dice: “vida por vida” o mejor dicho: “alma por alma”, *nephesh tachat nephesh*.¹ Si el rigor de la ley no iba al grado de matar el “alma” de un hombre por la de la bestia, como acontecía en Esparta, el reo, aun cuando remplazaba el alma que mató, con una viva, recibía un duro castigo.

¹ Compárese, también, la diferencia entre la traducción de los mismos versos en la “Vulgata” y en los Textos de Lutero y de De Wette.

Esto no es todo. En Exodo (cap. XX., 10 y XXIII., 2 etc.), el reposo del Sabbath se extiende al ganado y a todo otro animal. “El séptimo día es sabbath [...] ni tú ni tu ganado debéis trabajar”; en el *año* del Sabbath el texto prescribe: “en el séptimo año, dejarás que la tierra descansa, quedándose tranquila; mientras tu buey y asno reposarán”, cuyo mandamiento, si tiene algún sentido, señala que los hebreos antiguos no excluyeron a la creación animal de participar en la adoración de su deidad y, en muchas ocasiones, dicha creación se ponía en el mismo plano a la del ser humano. La cuestión entera se basa en la idea errónea de que el “alma”, *nephesh*, es totalmente distinta del “espíritu”, *ruach*. Sin embargo, se lee claramente que: “Dios sopló en las narices del hombre el *soplo de vida* y él se convirtió en una alma viva”, *nephesh*, ni superior ni inferior a un animal; ya que también el alma de este último es llamada *nephesh*. Mediante el desarrollo, el *alma* se hace *espíritu*, siendo ambos los peldaños inferior y superior de la única y misma escalera, cuya base es el Alma Universal o espíritu.

Tal afirmación sorprenderá a esos hombres y mujeres buenos quienes, a pesar del gran amor que sienten por sus perros y gatos, tienen demasiada devoción a las enseñanzas de sus respectivas iglesias para admitir tal herejía. Seguramente exclamarán: “¿El alma *irracional* de un perro o de una rana es tan divina e inmortal como la nuestra?” Así es. Esto no lo dice la humilde escritora del artículo; sino nada menos que la autoridad reconocida, por todo buen cristiano, de San Pablo, el rey de los predicadores. Nuestros opositores, quienes rechazan escuchar con desdén las argumentaciones de la ciencia moderna o esotérica, quizá presten oído más receptivo a lo que su santo y apóstol dice en torno al asunto. La verdadera interpretación de estas palabras no procederá ni de un teósofo ni de un contrincante; sino de uno que fue un cristiano bueno y piadoso, otro santo, Juan Crisóstomo, aquél que explicó y comentó las Epístolas de Pablo y que el clero de las iglesias católicas romanas y protestantes reverencian mucho. Los cristianos ya se han dado cuenta de que la ciencia experimental no está de su lado y pueden quedarse aun más desagradablemente sorprendidos al descubrir que, ningún hindú hubiera suplicado más sinceramente por la vida animal que San Pablo, al escribir a los romanos. Los hindúes invocan la misericordia hacia el reino animal sólo debido a la doctrina de la transmigración y a la identidad del principio o elemento que anima tanto al ser humano como al animal. San Pablo va más allá, mostrando que el animal *espera y vive en la expectativa de la misma “liberación de los lazos de la corrupción”*; así como todo buen cristiano. Las expresiones precisas de este gran apóstol y filósofo se mencionarán enseguida en este artículo, mostrando su verdadero sentido.

El hecho de que muchos intérpretes, los padres de la iglesia y los escolásticos, trataron de evadir el significado real de San Pablo, no impugnan su sentido interior; sino la imparcialidad de los teólogos cuya inconsistencia sacaremos a relucir en esta coyuntura. Sin embargo, habrá personas que apoyarán sus proposiciones hasta el final, a pesar de lo erróneas que sean. Otros, reconociendo el error previo de los teólogos, ofrecerán al pobre animal una enmienda honorable, como lo hizo Cornelio a Lápide. Especulando sobre la parte que la naturaleza asignó a la creación animal en el gran drama de la vida, él dice: “El propósito de todas las criaturas consiste en servir al ser humano. Entonces, junto a él (su maestro) esperan su renovación.”² Seguramente, la expresión: “servir al ser humano” no significa ser torturados, matados o ser blancos inútiles del tiro y otras formas de degrado; mientras es casi superfluo explicar la palabra “renovación”. Según la comprensión de los cristianos es la renovación de los cuerpos después del segundo advenimiento de Cristo, limitándola al ser humano y omitiendo a los animales. Los estudiantes de la Doctrina Secreta la explican mediante la renovación y perfección sucesivas de las formas en la escala del ser objetivo y subjetivo y en una larga serie de transformaciones evolutivas desde el animal al hombre y hacia arriba [...]

Nuevamente, los cristianos rechazarán esto con indignación. Nos dirán que ésta no era la manera en que se les explicó la Biblia y que jamás puede significar esto. Es inútil insistir. Las interpretaciones erróneas de lo que la gente se complace con llamar la “Palabra de Dios”, desembocaron en muchos resultados tristes. La frase: “Maldito sea Canaán, será el esclavo más bajo de sus dos hermanos” (Gen., IX, 25), engendró siglos de sufrimiento y de desesperación innecesaria para los pobres esclavos negros. El clero de los Estados Unidos fue el enemigo más acérrimo en la cuestión de la abolición de la esclavitud,

² *Cum homine renovationem suam expectant.* (Comentario al Apocalipsis, cap. V, 137.)

oponiéndose con la *Biblia en la mano*. Sin embargo, se ha probado que la esclavitud ha sido la causa del decaimiento natural de todo país; hasta la Roma orgullosa cayó porque: “la mayoría de las personas en el mundo antiguo eran esclavos”, como observa justamente Geyer. Sin embargo, los cristianos mejores e intelectuales han sido embebidos, desde siempre, por muchas interpretaciones erróneas de la Biblia que aun uno de sus poetas más grandes, mientras defiende el derecho humano a la libertad, no reconoce lo mismo del pobre animal.

“Dios nos dio dominio absoluto
Sólo sobre los animales, los peces y las aves.
Tenemos este derecho porque él nos lo obsequió.
Pero él no hizo al hombre amo del hombre.
El se reserva este título.
Dejando al ser humano libre del ser humano.”

(“Paraíso Perdido”, Milton)

El error, análogamente al homicidio, “aflorará” y la incongruencia es el resultado inevitable siempre que se sustentan conclusiones erróneas en favor o en contra de una cuestión juzgada apriorísticamente. Los que se oponen al *filozoísmo* oriental (amor a los animales), ofrecen a sus críticos un arma formidable para impugnar sus argumentaciones más hábiles, gracias a la incongruencia entre las premisas y las conclusiones, los hechos postulados y las deducciones sacadas.

El artículo en cuestión se propone arrojar un rayo de luz sobre este tópico muy serio e interesante. Los escritores católicos romanos, para apoyar la autenticidad de muchas resurrecciones milagrosas de animales, producidas por sus santos, las han convertido en discusiones interminables. Según Bousset: “el alma en los animales es la cuestión filosófica más difícil e importante de todas.”

Considerando la doctrina de la iglesia, según la cual los animales, aunque no sean desalmados, no tienen una alma *permanente* o inmortal y que el principio que los anima muere con el cuerpo, sería interesante aprender cómo los escolásticos y el clero reconcilian, esta afirmación con la otra que: los animales pueden ser y han sido resucitados frecuente y milagrosamente.

Este artículo es simplemente una leve tentativa, porque algo más elaborado englobaría volúmenes; sin embargo, muestra la incoherencia de las interpretaciones escolásticas y teológicas de la Biblia, tratando de convencer a la gente del gran acto criminal que se comete en tomar la vida animal, especialmente en el deporte y en la vivisección. El artículo se propone evidenciar que, a pesar de lo absurdo que es la noción de que tanto el ser humano como el animal pueden ser resucitados después de que el principio vital ha dejado el cuerpo para siempre, tales resurrecciones, si verdaderas, serían tan imposibles en el caso de un animal como en el de un ser humano; ya que, o la naturaleza dotó a ambos de lo que llamamos, aproximativamente “alma” o ambos están desprovistos de ella.

II

“¡Qué quimera es el ser humano! ¡Qué caos confuso, qué sujeto de contradicción! ¡Un juez profesado de todas las cosas y aún un débil gusano de la tierra! El gran depositario y guardián de la verdad y, aún, un mero acopio de incertidumbres! ¡La gloria y el escándalo del universo!”

Pascal

Ahora consideraremos cuáles son las opiniones de la iglesia cristiana en lo referente a la naturaleza del alma en el animal, examinando como reconcilia la discrepancia entre la resurrección del animal muerto y la suposición de que su alma fallece con el cuerpo, notando algunos milagros en relación con los animales. Antes de asestar el golpe final y decisivo a esta doctrina egoísta, que ha hecho proliferar tantas prácticas crueles y despiadadas hacia el pobre mundo animal, el lector debe familiarizarse con las primeras vacilaciones de los Padres de la época patristica en torno a la interpretación correcta de las palabras de San Pablo con referencia a dicha cuestión.

Es divertido notar cómo el Karma de dos de los defensores más incesantes de la iglesia latina: Des Mousseaux y De Mirville, en cuyos libros se encuentran el archivo de algunos milagros aquí

mencionados, llevó a ambos a proporcionar las armas ahora usadas contra sus opiniones sinceras, sin embargo, muy equivocadas.³

Puesto que la gran batalla futura se librará entre los “creacionistas” o los cristianos, incluyendo a todos los creyentes en una creación especial y en un dios personal y los evolucionistas o los hindúes, los budistas, los librepensadores y al final, no por ser menos importantes, a la mayoría de los científicos, es aconsejable recapitular sus respectivas posiciones.

1. El mundo cristiano postula su derecho sobre la vida animal: (a) basándose en los textos bíblicos anteriormente mencionados y las interpretaciones escolásticas posteriores; (b) en la presunta ausencia en los animales de algo similar al alma divina o humana. El hombre sobrevive a la muerte, el animal *no*.

2. Los evolucionistas orientales, basando sus deducciones en sus grandes sistemas filosóficos, sostienen que es un pecado en contra de la obra y el adelanto de la naturaleza matar a cualquier ser viviente, por razones aludidas en las páginas anteriores.

3. Los evolucionistas occidentales, valiéndose de los más recientes descubrimientos científicos, no prestan atención al tándem cristiano y pagano. Algunos científicos creen en la evolución, otros, no. Sin embargo, concuerdan en un punto: la búsqueda física exacta no ofrece ninguna base para suponer que el ser humano está dotado de un alma divina inmortal más que su perro.

Entonces, mientras el comportamiento de los evolucionistas asiáticos hacia los animales es coherente con sus ideas científicas y religiosas, el binomio iglesia y escuela materialista de la ciencia, no es lógico en las aplicaciones prácticas de sus respectivas teorías. La iglesia, al enseñar que toda cosa viva fue creada única y especialmente por Dios, como cualquier niño humano y que todo ser vivo se encuentra, desde el nacimiento hasta la muerte, bajo el cuidado atento de una Providencia sabia y misericordiosa, concede, al mismo tiempo, a la creación inferior, sólo un alma temporal. La escuela científica materialista, al considerar el ser humano y el animal como la producción sin alma de algunas fuerzas en la naturaleza hasta la fecha desconocidas, crea un abismo entre los dos. Un científico, el materialista más determinado, el cual se dedica a viviseccionar un animal vivo con la máxima frialdad, se estremecerá al sólo pensar en mutilar, por no decir torturar, a un ser humano. Además, entre estos grandes materialistas que eran hombres con tendencias religiosas, no hay nadie que se haya mostrado coherente y lógico en definir el verdadero estatuto moral del animal en esta tierra y los derechos del ser humano sobre éste.

Presentaremos algunas ilustraciones a fin de demostrar estas acusaciones. Como nos dirigimos a mentes serias y cultas, se debe postular que las ideas de las varias autoridades aquí mencionadas no son ajenas al lector. Por lo tanto, será suficiente dar un breve resumen de algunas de las conclusiones a que llegaron. Empezaremos por los hombres de la iglesia.

Como ya afirmamos, la iglesia *exige* la creencia en los milagros que sus grandes Santos hicieron. Por el momento, entre los varios prodigios, escogeremos sólo los que tienen un nexo directo con nuestro tópico, es decir: la milagrosa resurrección de animales fallecidos. Ahora bien, quien atribuye al ser humano un alma inmortal independiente del cuerpo que anima, puede fácilmente creer que, mediante algún milagro divino, el alma puede ser atraída y empujada nuevamente en el tabernáculo que abandonó, aparentemente, para siempre. ¿Mas cómo puede uno aceptar la misma posibilidad en el caso de un animal, puesto que su fe le enseña que el animal no tiene un alma independiente, siendo ésta aniquilada con el cuerpo? A lo largo de dos siglos, desde Tomás de Aquino, la iglesia ha enseñado, con autoridad, que el alma del animal muere con su organismo. Entonces: ¿ qué es lo que es atraído nuevamente en la arcilla para reanimarla? En esta coyuntura entra en juego la escolástica y, tomando la dificultad en sus manos, reconcilia lo irreconciliable.

Empieza por la premisa de que los milagros de la Resurrección de los animales son innumerables y muy bien autenticados como “la resurrección de nuestro Señor Jesucristo.”⁴ Los Bolandistas dan un sinnúmero de ejemplos. El Padre Burigny, un hagiógrafo del siglo XVII, expresa unas observaciones divertidas acerca de las aves *resucitadas* por San Remigio: “No cabe duda que podrán decirme que yo mismo soy un

³ Es simplemente una actitud de justicia admitir que De Mirville es el primero en reconocer el error de la iglesia en esta vertiente y defiende la vida animal hasta donde se atreve.

⁴ “Acerca de la Beatificación, etc.” por el Papa Benedicto XIV.

ganso por creer en tales historias de ‘pájaro azul’ (increíbles). En este caso contestaré al bromista que, si él disputa tal punto, debe también eliminar, de la vida de San Isidoro de España, la declaración según la cual resucitó el caballo de su dueño; de la biografía de San Nicolás de Tolentino, debe sacar que él trajo nuevamente a la vida una perdiz, en lugar de comérsela; de la biografía de San Francisco debe omitir la recuperación, de los carbones ardientes de un horno, del cuerpo de un borrego que luego resucitó y la devolución de la vida a unos peces *hervidos, haciéndolos nadar en su salsa*. Sobre todo, el escéptico debería acusar de mentirosos o crédulos a más de 100 mil testigos oculares, entre los cuales, a algunos se les debe conceder un poco de cordura.”

El Papa Benedicto XIV, una autoridad muy superior a la del padre Burigny, avala y afirma esta prueba. Además, los Bolandistas mencionan los nombres de quienes presenciaron las resurrecciones de San Silvestre, Francisco de Paula, Severino de Cracovia y de muchos más. El cardenal de Ventura, citando a dicho Papa, escribe: “para que la resurrección se merezca tal título, requiere la reproducción *idéntica y numérica* de la forma⁵ y del material de la criatura muerta. Como esa forma (o alma) de la bestia, queda siempre aniquilada con su cuerpo, según la doctrina de Santo Tomás, en cada uno de estos casos, Dios se ve obligado a crear, para el propósito del milagro, una nueva forma para el animal resucitado. Por lo tanto, la bestia resucitada *no* es del todo *idéntica* a lo que era antes de morir.” (“Acerca de la Beatificación, etc.,” I, IV, c, XI, Art. 6.)

Ahora bien, esto se parece mucho a una de las *mayas* (trucos) de la magia. Sin embargo, aunque la dificultad no es absolutamente explicada, lo siguiente transpira claramente: puesto que el principio que animaba al animal durante la vida y al cual se le define alma, ha muerto o se ha disipado después de la muerte física, Dios *crea* otra alma, “una especie de alma *informal*”, según nos dicen el Papa y el cardenal, para hacer posible el milagro. Mas esta alma es distinta a la del ser humano, la cual es: “una entidad independiente, etérea y eterna.”

Toda la doctrina de Tomás está sujeta a la objeción, además de la crítica natural que tal procedimiento suscita; ya que se le llama un “milagro” producido por un santo, cuando, en realidad, es simplemente Dios quien “crea”, tras de las bambalinas, una nueva alma y un nuevo cuerpo, con el propósito de su glorificación. En efecto, según las razonables observaciones de Descartes: “si el alma del animal es tan distinta (en su inmaterialidad) de su cuerpo, creemos que no es posible no reconocerla como un principio espiritual y, por ende, inteligente.”

No es necesario recordar al lector que según Descartes el animal vivo era un simple autómatas; “un mecanismo bien hecho” según nos dice Malebranche. Entonces, quien adopta la teoría cartesiana sobre el animal, haría bien en aceptar, a la vez, las opiniones de los materialistas modernos. Puesto que este autómatas es capaz de tener sentimientos como el amor, la gratitud, etc., y está dotado, innegablemente, de memoria, todos estos atributos deben ser, según nos enseña el materialismo: “las propiedades de la materia.” Mas si el animal es un “autómatas”, ¿por qué no el Hombre? La ciencia exacta: la anatomía, la fisiología, etc., no encuentra la mínima diferencia entre los cuerpos de los dos y ¿quién sabe, como se pregunta justamente Salomón, si el espíritu del ser humano “asciende” más que el de la bestia? Así encontramos que el Descartes metafísico es tan incongruente como los demás.

¿Qué dice Santo Tomás al respecto? Concede un alma al animal y la declara *inmaterial*, negándole, al mismo tiempo, la cualidad de *espiritual*. Ya que él dice: “en tal caso, esto implicaría *inteligencia*, una virtud y una operación especial reservada sólo al alma humana.” Sin embargo en el cuarto Concilio Lateranense se decidió que: “Dios había creado dos sustancias distintas: la corpórea y la espiritual” y puesto que ese algo incorpóreo debía ser, necesariamente, espiritual, San Tomás tuvo que valerse de una especie de compromiso, al cual no se le llama subterfugio sólo cuando lo hace un santo. El dice: “El alma del animal no es ni espíritu ni cuerpo; sino de una naturaleza intermedia.”⁶ Esta es una declaración muy desafortunada; ya que en otro lugar San Tomás dice: “todas las almas, aun las de las plantas, tienen la forma sustancial de sus cuerpos” y si esto es verdadero para las plantas, ¿por qué no debería serlo para los

⁵ En la filosofía escolástica, la palabra “forma” se aplica al principio inmaterial *que anima el cuerpo*.

⁶ El Cardenal de Ventura lo cita en su “Filosofía Cristiana”, Vol. II., pag. 386. Véase, también, “La Resurrección de los Animales” de De Mirville.

animales? Es cierto que un alma no es “espíritu” ni materia pura; sino de esta esencia que Santo Tomás define “una naturaleza intermedia.” ¿Pero por qué, una vez en el justo camino, negarle al alma la sobrevivencia, por no decir la inmortalidad? La contradicción es tan evidente que De Mirville, desesperado, exclama: “¡Aquí estamos, en la presencia de tres sustancias, en lugar de dos, como lo decretó el Concilio Lateranense!” Luego contradice, hasta donde se atreve, al “Doctor Angélico.”

El gran Bossuet, en su “Tratado del Conocimiento de Dios y de Sí mismo”, analiza y compara el sistema de Descartes con el de Santo Tomás. Nadie puede criticarle por preferir, desde el punto de vista lógico, a Descartes. El considera que la “invención” cartesiana, según la cual el animal es como un autómatas, es mejor “para salir de la dificultad” que la de Santo Tomás, que la iglesia católica acepta plenamente. El padre Ventura se indignó con Bousset por haber aceptado “un error tan miserable y pueril”. Aunque conceda a los animales un alma con todas sus cualidades de cariño y sensorias, fiel a su maestro Santo Tomás, les niega inteligencia y poderes razonadores. “Bousset”, él dice, “es aun más culpable porque dijo: ‘preveo que se está preparando una gran guerra contra la iglesia bajo el nombre de filosofía cartesiana’.” En este caso tiene razón; ya que de la “materia sensitiva” del cerebro del animal procede, muy naturalmente, la *materia pensante* de Locke y de ésta, todas las escuelas materialistas de nuestro siglo. Su fracaso se hace patente cuando apoya la doctrina de Santo Tomás que está llena de imperfecciones y contradicciones evidentes; ya que, si el alma del animal es, según enseña la iglesia romana, un principio informe e inmaterial entonces, transpira que, siendo independiente del organismo físico, no puede “morir con el animal” como no muere en el caso del ser humano. Si admitimos que subsiste y sobrevive, ¿en qué respecto difiere del alma humana? Y, una vez que aceptamos la autoridad de Santo Tomás, él nos dice que es eterna, a pesar de que se contradiga en otro lugar. “El alma del ser humano es inmortal y el alma del animal perece”, dice él en “Summa” V. V., pag. 164. Sin embargo, esta frase sigue a su pregunta en el segundo Volumen, pag. 256 de la misma gran obra: “¿hay algún ser que vuelva a la nada?” y él, contestándose, escribe: “No; ya que en Eclesiastés se dice (III. 14), cualquier cosa que Dios haga, será para siempre. Con Dios no hay mutabilidad alguna (Santiago I., 17).” “Por lo tanto”, sigue Santo Tomás, “ninguna criatura vuelve a la nada (es aniquilada), ni en el orden natural de las cosas ni por medio del milagro; *no existe nada en la criatura que se aniquile* porque, lo que muestra con más grande resplandor la bondad divina, es la conservación perpetua de las criaturas.”⁷

El Abate Drioux, su traductor, comenta esta frase, confirmando en la nota: “No, nada es aniquilado; éste es un principio que en la ciencia moderna se ha convertido en un axioma.”

Si así es, ¿por qué, sólo en el caso del alma del animal, deberíamos hacer una excepción a esta regla invariable de la naturaleza que ambos la ciencia y la teología reconocen?; aunque *esta alma no tenga ninguna inteligencia*, una suposición a la cual todo pensador imparcial siempre objetará vehementemente.

Al pasar de la filosofía escolástica a las ciencias naturales, veamos cuáles son las objeciones de los naturalistas al hecho de que el animal tenga un alma inteligente y por lo tanto independiente.

“Cualquier cosa que piense, entienda y actúe, es algo celestial y divino, motivo por el cual debe ser, necesariamente, eterno”, escribió Cicerón hace casi dos mil años. Deberíamos entender bien que Huxley contradice esta conclusión; mientras San Tomás de Aquino, “el rey de los metafísicos”, creía firmemente en los milagros de la resurrección que San Patricio hizo.⁸

En realidad, cuando la iglesia divulga e impone entre los fieles estas tremendas pretensiones como los dichos milagros, sus teólogos deberían prestar más atención a que sus autoridades mayores no se

⁷ “Summa”, edición Drioux en ocho volúmenes.

⁸ Según se afirma, San Patricio ha cristianizado “el país más satanizado del globo: Irlanda, ignorante *en todo, excepto en la magia*”, convirtiéndola en la “Isla de los Santos”, resucitando “60 hombres que habían muerto hace muchos años.” (“Lección” I., II., del Breviario Romano de 1520). San Patricio escribe, en el manuscrito considerado como la famosa confesión de ese santo, preservado en la catedral de Salisbury (Descript. Hibern. I., II, C., I.), la siguiente carta con su firma: “Dios me ha dado, a mí, el último de los hombres y el más grande de los pecadores, el don de los milagros contra las prácticas mágicas de esta gente bárbara. Esto no se otorgó al más grande de los apóstoles; ya que Dios permitió que, entre otras cosas (como la resurrección de los animales y de las criaturas que se arrastran), yo *resucitara cuerpos muertos reducidos a cenizas desde hace muchos años.*” En realidad, en comparación con este prodigio, la resurrección de Lázaro parece un incidente anodino.

contradigan mutuamente, demostrando una falta de conocimiento en cuestiones elevadas a nivel de doctrina.

Entonces, al animal se le priva de progreso e inmortalidad porque es un autómeta. Según Descartes no tiene ninguna inteligencia, conforme a la escolástica medieval. No tiene nada, excepto el instinto, cuyo significado es impulsos involuntarios, como lo afirman los materialistas y lo niega la iglesia.

Federico y George Cuvier han discutido ampliamente sobre la inteligencia y el instinto en los animales.⁹ Flourens, el erudito secretario de la Academia de las Ciencias, ha reunido y editado sus ideas sobre el tema. Cuanto sigue es lo que Federico Cuvier, Director del Departamento Zoológico y del Museo de Historia Natural en el Jardín de las Plantas en París, por 30 años, escribió sobre el asunto. “El error de Descartes o mejor dicho, el error general, consiste en que nunca se hizo una distinción suficiente entre inteligencia e instinto. El mismo Buffon cayó en tal omisión, debido a la cual, todo lo que se encuentra en su filosofía zoológica es contradictorio. Buffon reconoció en el animal una capacidad de sentir superior a la nuestra, incluso la conciencia de su existencia real, mas al mismo tiempo, le negó el pensamiento, la reflexión y la memoria, por ende, toda posibilidad de tener pensamientos.” (“Discurso sobre la Naturaleza de los Animales” VII., pag. 57, Buffon.) Puesto que no podía detenerse ahí, admitió que el animal tenía una especie de memoria activa, extensa y más fidedigna que la humana (pag. 77). Así, tras haberle negado cualquier inteligencia, admite, sin embargo, que el animal “consulta a su dueño, lo interroga y entiende perfectamente toda señal de su voluntad.” (“Historia del Perro”, Vol. X.)

Es casi imposible esperar, de un gran científico, una serie de contradicciones más magnífica que ésta.

El ilustre Cuvier está en lo cierto cuando observa, a su vez: “que este nuevo mecanismo de Buffon es aun menos inteligible que el autómeta de Descartes.

Como señala el crítico, se debería trazar una línea de demarcación entre el instinto y la inteligencia. La construcción de los panales por parte de las abejas, la elevación de diques por el castor, tanto en el piso sin agua del naturalista como en el río, son todas hazañas y efectos del instinto por siempre inmodificable e inmutable; mientras las acciones de la inteligencia se encuentran en actos que el animal evidentemente pensó, donde la razón y no el instinto, entra en juego. Una razón suscitada por su educación y entrenamiento, haciéndola receptiva a la perfección y al desarrollo. El hombre está dotado de razón, el infante, de instinto. Y el animal joven muestra que tiene más de ambos que el niño.

En efecto, cada uno de los contrincantes sabe muy bien, como nosotros, que así es. Si algún materialista no quiere confesarlo, es por orgullo. Quien rechaza un alma en el ser humano y en el animal, no está dispuesto a admitir que la bestia está dotada de inteligencia como él, aunque en un grado mucho más inferior. Al mismo tiempo, el hombre de iglesia, el naturalista con tendencias religiosas y el metafísico moderno, aborrecen admitir que el ser humano y el animal están dotados de almas y facultades, si no iguales, en lo referente al desarrollo y a la perfección, al menos idénticas en nombre y en esencia. Cada uno de ellos sabe, o debería saber, que el instinto y la inteligencia son dos facultades completamente opuestas en su naturaleza, dos enemigos que se confrontan en un conflicto constante. Además, si no quieren reconocer las dos almas o principios, deben admitir, de todos modos, la presencia de dos potencias en el alma, cada una con un asiento distinto en el cerebro, cuya localización ellos conocen muy bien; puesto que pueden aislarlas y temporalmente destruirlas a turno, según el órgano o la parte de los órganos que están torturando durante sus terribles vivisecciones. ¿Qué es, si no el orgullo humano, lo que indujo Pope a decir?:

Pregunta por cuyo fin brillan los cuerpos de la bóveda celeste;
¿Por cuyo uso es la tierra? El orgullo contesta, por el mío.
Para *mí*, la naturaleza generosa despierta su poder afable,
Rocía a cada hierba y despliega toda flor.

* * * * *

⁹ Recientemente, el doctor Romanes y el doctor Butler han arrojado mucha luz sobre el asunto.

Para mí la mina entrega millares de tesoros;
Para mí la salud mana a chorros de miles de fuentes
Los mares ondulan para llevarme y los soles se levantan para iluminarme.
¡La tierra es mi escabel y los cielos mi pabellón!

Es el mismo orgullo inconsciente que indujo Buffón a exteriorizar sus paradójicas observaciones con respecto a la diferencia entre el ser humano y el animal. El dice que la diferencia consiste en la “ausencia de reflexión; ya que el animal no se da cuenta de que siente.” ¿Cómo lo sabe Buffon? “No piensa que está pensando”, agrega él, después de haber dicho al público que el animal a menudo recuerda, delibera, compara y escoge.¹⁰ ¿Quién pretendió jamás que una vaca o un perro podían ser ideólogos? El animal puede pensar y sabe que piensa de manera más viva de la que puede expresar verbalmente o con sus pensamientos. Buffon y algún otro ¿cómo pueden saberlo? Las exactas observaciones de los naturalistas hacen resaltar una cosa: el animal está dotado de inteligencia y, una vez que se ha zanjado esto, no nos resta más que repetir la definición de Tomás de Aquino sobre la inteligencia, la prerrogativa del alma inmortal humana, para percatarnos que lo mismo vale para el animal.

A fin de ser justos con la *real* filosofía cristiana, podemos mostrar que el cristianismo primitivo jamás predicó estas doctrinas atroces, la verdadera causa que indujo muchos grandes hombres y los intelectos más elevados a alejarse de las enseñanzas de Cristo y de sus discípulos.

III

¡Oh Filosofía, guía de la vida y reveladora de la virtud!

Cicerón

La Filosofía es una profesión modesta, es toda realidad y un comportamiento sencillo; detesto la solemnidad y la pretensión, en cuya base hay sólo orgullo.

Plinio

Puesto que, según la enseñanza teológica, el destino del ser humano, tanto del más brutal y animal, como del más santo, es la inmortalidad, ¿cuál es el futuro de las innumerables huestes del reino animal? Varios escritores católicos romanos: el Cardenal Ventura, el Conde de Maistre y muchos más, nos dicen que: “el alma animal es *una Fuerza*.”

De Mirville, el eco de los autores anteriormente mencionados, escribe: “Queda bien establecido que el alma del animal fue producida *por la tierra*; ya que esto es bíblico. Todas las almas vivas y móviles (*nephesh* o principio vital) proceden de la tierra; sin embargo, quiero que me entiendan, no sólo del polvo, que es el constitutivo de sus cuerpos y de los nuestros; sino del poder o potencia de la tierra, es decir: de su fuerza inmaterial; como lo son todas las fuerzas: la del *mar*, del *aire*, etc., son los *Principados Elementarios* mencionados en otro lugar.”¹¹

Lo que el Marqués de Mirville entiende con este término es que: todo “Elemento” en la naturaleza es un reino habitado y gobernado por sus respectivos espíritus invisibles. Los cabalistas occidentales y los rosacruces los denominaron Sífides, Ondinas, Salamandras y Gnomos; mientras los cristianos místicos como De Mirville, les dan nombres hebraicos, clasificando, cada uno, entre las varias clases de Demonios bajo la égida de Satán, con el permiso de Dios, por supuesto.

También De Mirville se rebela contra la decisión de Santo Tomás, según cuya enseñanza el alma animal queda destruida con el cuerpo. De Mirville dice: “Se nos pide creer que es posible aniquilar una Fuerza, la fuerza más *sustancial* en la tierra, llamada el *alma animal*”, que, según el Reverendo Padre Ventura es: “el alma más respetable después de la humana.”

¹⁰ “Discurso sobre la naturaleza de los Animales.”

¹¹ “Espíritus”, Cap. XII, Cosmolatría.

De Mirville acaba de llamarla una fuerza inmaterial y ahora la califica como “la cosa más sustancial de la tierra.” (“Espíritus”, pag. 158.)

¿Qué es esta Fuerza? George Cuvier y Flourens, el académico, nos revelan su secreto.

Cuvier escribe: “La forma o la fuerza de los cuerpos” (tengamos presente que en este caso la forma significa alma) “es más esencial, para ellos, que la materia; la cual, (a pesar de que en su esencia no es destruida), está sujeta al cambio constante; mientras la forma prevalece eternamente.” Acerca de esto Flourens observa: “En toda cosa que tiene vida, la forma es más persistente que la materia; ya que, lo que constituye al SER del cuerpo vivo, su identidad e igualdad, es su forma.” (“Longevidad”, pag. 49 y 52.)

“La cual es”, como observa De Mirville a su vez, “un principio magistral, una promesa filosófica de nuestra inmortalidad”¹², se debe inferir que bajo el término extraviante de forma, se implica esa alma humana y animal. Sospecho que es, más bien, lo que llamamos la VIDA UNA.

A pesar de todo, tanto la filosofía profana como la religiosa corrobora esta declaración que las dos “almas” son idénticas en el ser humano y en la bestia. Leibnitz, el filósofo amado por Bossuet, parece dar crédito, hasta cierto punto, a la “Resurrección Animal”. Para él la muerte: “*envuelve, temporalmente, sólo la personalidad*” y traza entonces un paralelo con la preservación de las ideas durante el sueño o a la mariposa dentro de su oruga. De Mirville escribe: “para Leibnitz, la resurrección¹³ es una ley general en la naturaleza, convirtiéndose en un gran milagro cuando un taumaturgo la ejecuta sólo por virtud de ser prematura, de las circunstancias alrededor y de la manera en que él la opera.” En lo antes dicho, Leibnitz, sin saberlo, es un verdadero Ocultista. El crecimiento y el florecimiento de una flor o de una planta en cinco minutos, en lugar de varios días y semanas; la germinación y el desarrollo forzados de una planta, un animal o un ser humano, son hechos conservados en los archivos de los Ocultistas. Son sólo milagros aparentes; en realidad son las fuerzas naturales productivas estimuladas e intensificadas mil veces por las condiciones inducidas bajo las leyes ocultas conocidas por el Iniciado. Las fuerzas de la naturaleza, ya sean ciegas o adheridas a inteligencias menores subordinadas al poder oculto del ser humano, facilitan el crecimiento anormal, porque él las hace converger, colectivamente, en el desarrollo de la cosa a desplegar desde sus elementos caóticos. ¿Por qué llamar este fenómeno un *milagro* divino y el otro un subterfugio satánico o simplemente un fraude?

Leibnitz, como verdadero filósofo, se ve obligado, aun en esta cuestión peligrosa de la resurrección de los muertos, a incluir todo el reino animal en su gran síntesis y por eso dice: “Creo que las almas de los animales son imperecederas y considero que nada puede comprobar, de mejor manera, nuestra naturaleza inmortal.” (“Obra Filosófica”, Leibnitz.)

Dean, el Vicario de Middleton, apoyando a Leibnitz, publicó, en 1748, dos pequeños volúmenes sobre el tema. Resumiendo sus ideas, él dice: “en varios pasajes de las escrituras sagradas, se alude, furtivamente, a que los animales vivirán una existencia futura. Diversos padres de la iglesia han apoyado esta doctrina. La razón, enseñándonos que los animales tienen un alma, también nos instruye que existirán en un estado futuro. El sistema de quienes creen que Dios aniquila el alma del animal es infundado y carece de base sólida, etc., etc.”¹⁴

Muchos científicos del siglo pasado defendieron la hipótesis de Dean, declarándola sumamente probable, en particular uno de ellos, el erudito teólogo protestante, Charles Bonnet de Ginebra. Ahora bien, este teólogo fue el autor de una obra muy curiosa que él llamó “Palingenesia”¹⁵ o el “Nuevo Nacimiento”, que tiene lugar, como él trata de probar, gracias a un germen invisible que existe en todos y, como Leibnitz, no entiende como se puedan omitir los animales de un sistema que, sin ellos, no sería una unidad; ya que sistema significa “un conjunto de leyes.”¹⁶

El escribe: “Los animales son libros admirables, en los cuales el creador reunió los rasgos más elocuentes de su inteligencia soberana. El anatomista debe estudiarlos con *respeto* y si está dotado, de

¹² “Resurrecciones”, pag. 621.

¹³ Los ocultistas la llaman “transformación” durante unas series de vidas y la Resurrección *nirvánica* final.

¹⁴ Véase Vol. XXIX de “La Biblioteca de las Ciencias”, primer trimestre del año 1768.

¹⁵ De dos palabras griegas: *nacer* y *renacer*.

¹⁶ Véase el Vol. II., “Palingenesia” y “Resurrecciones” de De Merville.

algún sentimiento delicado y razonable que caracteriza a la persona moral, jamás se imaginará que, al voltear las páginas, está tratando con una pizarra o rompiendo unas piedras. Nunca debe olvidarse que todo lo que vive y respira se merece su misericordia y piedad. El ser humano arriesgaría negociar su sentimiento ético si se acostumbrara al sufrimiento y a la sangre de los animales. Esta verdad es tan evidente, que los Gobiernos jamás deberían perderla de vista. En lo que concierne a las hipótesis de que los animales son autómatas, tiendo a considerarlas herejías filosóficas muy peligrosas para la sociedad, si no se convirtiesen en inofensivas porque violan, de manera muy marcada, el sentido común y el sentimiento, por lo cual jamás serán adoptadas, generalmente.”

“Con respecto al destino del animal, si mi hipótesis es correcta, la Providencia le depara las compensaciones más grandiosas en estados futuros.¹⁷ A mi juicio, su resurrección es la consecuencia de esa alma o forma que estamos, necesariamente, obligados a atribuirles; ya que el alma, siendo una sustancia simple, *no puede dividirse, descomponerse ni aniquilarse*. Uno no puede sustraerse a esta deducción sin volver al automatismo cartesiano y luego, del automatismo animal, uno se vería obligado a desembocar en aquel del ser humano.”

Nuestra escuela moderna de biólogos ha llegado a la teoría del “hombre-autómata”; dejamos a sus discípulos a sus recursos y conclusiones. Lo que me interesa ahora, es la prueba final y absoluta de que, ni la Biblia ni sus intérpretes más filosóficos —a pesar de que pueden haber tenido una insuficiente penetración clara en otras cuestiones— *jamás han negado, basándose en la autoridad bíblica, un alma inmortal a ningún animal*, así como no han encontrado, en el Antiguo Testamento, una prueba conclusiva que apoye la existencia de tal alma en el ser humano. Es suficiente leer ciertos versículos en Job y en Eclesiastés (III., 17, 22, etc.) para llegar a esta conclusión. La verdad es que ahí no se hace referencia, para nada, al estado futuro del animal y del ser humano. Sin embargo, si en el Antiguo Testamento encontramos sólo pruebas que niegan el alma inmortal en los animales, en el Nuevo se declara nítidamente como la del ser humano mismo. Ahora daremos una prueba final y precisa para el beneficio de quienes ridiculizan el *filozoísmo* (amor a los animales) de los hindúes, arrogándose el derecho de matar a los animales cuando quieren, negándoles un alma inmortal.

Al final de la Parte I de este artículo, mencionamos a San Pablo como el defensor de la inmortalidad de toda la creación animal. Afortunadamente esta declaración no puede ser ridiculizada por los Cristianos, tildándola por “interpretación blasfema y herética de la sagrada escritura fruto de un grupo de ateos y librepensadores.” Ojalá que cada una de las palabras profundamente sabias del Apóstol Pablo, un Iniciado, a pesar de lo que pudiera haber sido, se entendiesen tan claramente como esos pasajes que tratan de los animales. Entonces quedará demostrado, más allá de toda duda y sofisma, que la indestructibilidad de la materia enseñada por la ciencia materialista; la ley de evolución eterna, que la iglesia niega con tanta vehemencia; la omnipresencia de la VIDA UNA o la unidad del ELEMENTO UNO y su presencia en toda la naturaleza, según enseña la filosofía esotérica y el sentido secreto de las observaciones de San Pablo a los Romanos (VIII., 18-23) son, obviamente, la única y misma cosa. ¿En realidad, este gran personaje histórico, tan evidentemente embebido de la filosofía neo-platónica alejandrina, qué más quiere decir con las siguientes palabras que transcribiré con los comentarios a la luz del ocultismo, a fin de dar una comprensión más clara de mi significado?

El apóstol comienza diciendo (Romanos VIII., 16, 17) que: “el Espíritu *mismo (Paramatma)* da testimonio a nuestro espíritu (*atman*), de que ya somos hijos de Dios y *si* somos sus hijos, somos sus herederos”; obviamente, herederos de la eternidad y de la indestructibilidad de la esencia eterna o divina en nosotros. Luego Pablo nos dice:

“Los sufrimientos del tiempo presente no son nada si los comparamos *con la gloria que será revelada.*” (V. 18.)

¹⁷ También nosotros creemos en “estados futuros” para el animal, desde el más elevado hasta los infusorios (animalillos microscópicos que viven en los líquidos). En breve, nosotros creemos en la *evolución* en el sentido más completo de la palabra, una serie de renacimientos, cada uno en una forma superior, hasta llegar al ser humano y más allá.

A nuestro juicio, la “gloria” no es ninguna “nueva Jerusalén”, la representación simbólica del futuro en el Apocalipsis cabalístico de San Juan; sino los períodos *Devachánicos* y las series de nacimientos en las razas sucesivas a lo largo de las cuales, después de cada nueva encarnación, seremos más elevados y perfectos tanto física como espiritualmente. Y cuando al final, nos convertiremos, verdaderamente, en los “hijos” y los “niños de Dios” en la “última Resurrección”, a pesar de que la gente la llame cristiana, nirvánica o parabrahmíca; ya que todas quieren decir lo mismo. En realidad:

“La criatura espera con impaciencia la manifestación de los hijos de Dios”. (V. 19.)

En este caso, la acepción de la palabra criatura es el animal, como mostraremos enseguida valiéndonos de la autoridad de San Juan Crisostomo. ¿Quiénes son los “hijos de Dios”, por cuya manifestación toda la creación anhela? ¿Son los “hijos de Dios” con los cuales “también Satán vino” (Job) o los “siete ángeles” de la Revelación? Se refieren sólo a los cristianos o a los “hijos de Dios” en el mundo entero? (Véase “Isis Sin Velo”). Tal “manifestación” es prometida al final de cada *Manvanatra*¹⁸ o período del mundo, según las escrituras de toda gran Religión, y en ninguna, exceptuando su interpretación *Esotérica*, se encuentra expresada de manera tan clara como en los *Vedas*, según los cuales: en las postrimerías de cada *Manvantara* sobreviene el *pralaya* o la destrucción del mundo —mientras los cristianos saben y esperan sólo una— y, entonces, se quedarán los *Sishtas* o restos, siete Rishis y un guerrero y todas las semillas para la próxima “oleada (de vida) de la siguiente Ronda”.¹⁹ La cuestión principal que nos concierne no es, al momento, si la teoría cristiana o hindú es la más correcta; sino mostrar que los brahmines no dicen, ni más ni menos, de lo que San Pablo predica, al enseñar que las semillas de todas las criaturas permanecen, después de la destrucción periódica total y temporal de todas las cosas visibles, con los “hijos de Dios” o los Rishis, manifestándose a la humanidad futura. San Pablo y los brahmines incluyen a toda la vida animal en la esperanza de un nuevo renacimiento y renovación en un estado más perfecto, momento en que, toda criatura que ahora “espera”, se regocijará en la “manifestación de los hijos de Dios”; ya que, como lo explica san Pablo:

“La criatura misma *será liberada* de la esclavitud de la corrupción”, lo cual significa que la semilla o el alma animal indestructible que no alcanza el Devachan, mientras que se halla en su estado elemental o animal, entrará en una forma más elevada y seguirá adelante con el ser humano, progresando a estados y a formas aun más elevados, para que ambos terminen: “en la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (V. 21).

Esta “libertad gloriosa” es alcanzable sólo a través de la evolución o el adelanto Kármico de todas las criaturas. El animal mudo, cuya evolución procede de la planta semisensible, se transforma, paulatinamente, en un ser humano, un espíritu, un Dios hacia el infinito; ya que San Pablo dice:

“*Nosotros* sabemos (‘nosotros’, los *Iniciados*) que toda la creación gime y sufre (los dolores del parto) hasta ahora.” (V. 22).²⁰

Esto nos dice, claramente, que el binomio: hombre y animal está en el mismo nivel en la tierra en lo que atañe al sufrimiento, a sus esfuerzos evolutivos hacia la meta y en armonía con la ley Kármica. La

¹⁸ Lo que en la antigüedad se significaba con la expresión “hijos de Dios”, queda demostrado plenamente en la Parte I (el Período Arcaico) de “La Doctrina Secreta” ahora casi completada.

¹⁹ Esta es la versión ortodoxa hindú y esotérica. Dewan Bahadoor Raghunath Rao de Madrás, en su conferencia en Bangalore sobre: “¿Qué es la Religión Hindú”, declara: “Al final de cada Manvantara ocurre el aniquilamiento del mundo; pero un guerrero, siete Rishis y las semillas se salvan de la destrucción. A ellos Dios (o Brahm) les comunica el Estatuto de las leyes o los Vedas. Tan pronto como un *Manvantara* empieza, estas leyes son promulgadas, quedándose vigentes hasta el final de ese *Manvantara*. A estas ocho personas se les llaman *Sishta* o restos, los únicos que permanecen después de la destrucción de todos los demás. Por ende, sus actos y preceptos son conocidos como *Sishtacar*. También se les denomina ‘*Sadachar*’ porque tales actos y preceptos son sólo lo que siempre existió.”

Esta es la versión ortodoxa. La secreta habla de siete Iniciados quienes, al haber alcanzado el estado Dhyanchohánico hacia el final de la séptima Raza en esta tierra, son dejados en la tierra durante su “obscurecimiento”, con la semilla de cada mineral, planta y animal que no tuvo tiempo de desarrollarse en un ser humano para la próxima Ronda o período del mundo. Véase “El Budhismo Esotérico” de Sinnett, Quinta Edición inglesa, Apuntes, pag. 146-147.

²⁰ “...ingemiscit et parturit usque adhuc” en la versión original latina.

expresión “hasta ahora” significa hasta la quinta raza. A fin de hacer todo el asunto más claro, el gran Iniciado cristiano explica:

“No sólo los animales sufren, sino también nosotros, que tenemos la primicia del Espíritu, gemimos dentro de nosotros esperando el momento de ser adoptados, es decir: la redención del cuerpo.” (V. 23). Sí, somos nosotros, los seres humanos, que tenemos “la primicia del Espíritu” o la luz directa Parabrahmica, nuestro Atma o séptimo principio, debido a la perfección de nuestro quinto principio (Manas) que está menos desarrollado en el animal. Sin embargo, como compensación, su Karma es mucho menos pesado que el nuestro. Mas ésta no es una razón por la cual, también ellos, un día, no alcancen esa perfección que da al ser humano plenamente evolucionado la forma Dhyanchohánica.

Nada podía estar más claro, hasta para un crítico profano no iniciado, que las palabras del gran Apóstol; ya sea que las interpretemos a la luz de la filosofía esotérica o de la escolástica medieval. La esperanza de redención o de sobrevivir de la entidad espiritual, liberada “del vínculo de la destrucción” o la serie de formas materiales temporales, es para “*todas las criaturas vivas* y no sólo para el ser humano.”

Sin embargo, no podemos esperar que la “transformación evolutiva” de los animales (el hombre), proverbialmente injusto aun hacia sus compañeros humanos, asienta compartir sus expectativas con su ganado y las aves domésticas. Cornelio a Lápide, el famoso comentador de la Biblia, fue el primero en señalar y acusar a sus antecesores, con la intención consciente y deliberada de hacer todo lo posible a fin de evitar la aplicación de la palabra *criatura* a las criaturas inferiores de este mundo. El nos comenta que San Gregorio de Nacianzo, Orígenes y San Cirilo,²¹ insistieron que, en los versículos mencionados, el Apóstol aplicaba la palabra *criatura* ¡sólo a los ángeles! Sin embargo, como observa Cornelio, que recurre a Santo Tomás para avalar su posición: “esta opinión es demasiado distorsionada y violenta; además, la invalida el hecho de que los ángeles, como tales, ya no están sujetos a la corrupción.” Ni siquiera la sugerencia de San Agustín es más feliz; ya que ofrece la extraña hipótesis según la cual: las “criaturas” de que habla San Pablo eran “los infieles y los herejes” de todas las edades. Cornelio contradice al padre venerable de manera tan impasible como se opuso a sus santos hermanos anteriores. El dice: “En el texto mencionado, las *criaturas* a las cuales el Apóstol hace referencia son, evidentemente, criaturas distintas de los seres humanos, pues él dice: ‘*no sólo ellas, sino también nosotros*’. El sentido de esta expresión no es libertad del pecado *sino de la muerte futura*.”²² Mas al final, la oposición general atemoriza hasta al intrépido Cornelio quien decide que, con el término *criaturas*, San Pablo puede haber querido decir los *elementos*: el sol, la luna, las estrellas, la tierra, etc., así como insistían San Ambrosio, San Hilario y otros.

Sin embargo, una autoridad aún superior refuta a los santos especuladores y escolásticos, desafortunadamente para ellos y muy dichosamente para los animales, en caso de que ellos se beneficien de la polémica. Este es el ya mencionado San Juan Crisostomo, al cual la iglesia católica romana tributa el respeto más elevado, como nos dice el obispo Proclo, que en un tiempo era su secretario. En efecto, San Juan Crisostomo fue el “médium” del Apóstol para los gentiles; si el término médium, (hoy en día) tan profano, puede aplicarse a un santo. San Juan, en su comentario a las Epístolas de San Pablo, es considerado como directamente inspirado por el Apóstol mismo, en otras palabras, escribió los comentarios según el dictado de San Pablo. Esto es lo que se lee en los comentarios en el tercer Capítulo de la Epístola a los Romanos.

“Debemos siempre gemir acerca de la dilación que hemos producido por nuestra emigración (muerte); ya que, si como dice el Apóstol, la criatura desprovista de razón (*mente* y no *alma*) y habla, gime y espera, es aun más vergonzoso si nosotros falláramos en hacer esto.”²³

Desdichadamente fracasamos y de manera muy ignominiosa, en lo referente a dicho deseo por “emigrar” a países desconocidos. Si las personas estudiaran las escrituras de todas las naciones, interpretando su significado a la luz de la filosofía esotérica, todos se sentirían, si no ciertamente ansiosos

²¹ Aquél que, muy probablemente, se negó ver en Hypatia una criatura humana, tratándola como si fuera un animal salvaje.

²² “Cornelio”, editor Pelagaud, I., IX., pag. 114.

²³ Homilía XIV, “Acerca de la Epístola a los Romanos.”

por morir, por lo menos indiferentes a la muerte. Deberíamos hacer tesoro del tiempo que pasamos en esta tierra, preparándonos, en cada nacimiento, tranquilamente para el próximo, acumulando un buen Karma. Mas el ser humano es un sofista connatural y, aun después de haber leído esta opinión de San Crisostomo, tememos que los pobres animales no se beneficien mucho de la lección, a pesar de que dicha opinión zanje la cuestión, para siempre, del alma inmortal en los animales o debería zanjarla, al menos en la mente de todo cristiano. En realidad, un casuista sutil, atrapado en sus contradicciones, podría decirnos que, cualquiera que sea la naturaleza del alma en el animal, él le hace un favor, efectuando el acto meritorio de matarle; ya que así pone fin al “sufrimiento del animal por el retraso de su emigración” a la gloria eterna.

La escritora no es tan ingenua al imaginar que si todo el Museo Británico estuviese repleto de obras que se oponen a una dieta carnívora, esto detendría a las naciones civilizadas de tener mataderos o hacerles renunciar a su bistec y al ganso navideño. Sin embargo, si estas humildes líneas pudiesen hacer tomar conciencia del verdadero valor de las nobles palabras de San Pablo, contribuyendo a dirigir sus pensamientos en lo referente a los horrores de la vivisección, entonces la escritora quedará satisfecha. Desde luego, cuando el mundo se convenza y no se puede evitar que, tarde o temprano, tal convicción llegue, que los animales son criaturas tan eternas como nosotros, la vivisección y otras torturas permanentes, infligidas diariamente a los pobres animales, forzarán los gobiernos a poner fin a estas prácticas bárbaras y vergonzosas, después de una insurrección de maldiciones y amenazas procedentes de la sociedad.

H. P. Blavatsky

¿Por Qué Sufren Los Animales?

Pregunta. ¿Es posible, para mí que amo los animales, aprender cómo obtener más poder del que tengo a fin de ayudarlos en sus sufrimientos?

Respuesta. Un Amor genuino y altruista, combinado con la Voluntad, es un “poder” en sí. Los que aman a los animales deberían mostrar tal afección de forma más eficiente, en lugar de cubrirlos de adornos y enviarlos a las exhibiciones donde aúllan y rasguñan por un premio

Pregunta. ¿Por qué los animales más nobles sufren tanto a causa de los hombres? No hace falta extenderme para explicar la cuestión. Las ciudades son lugares de tortura para los animales, usados por cualquier cosa a fin de entretener al ser humano. Y los que se emplean son siempre los más nobles.

Respuesta. En los Sutras o los aforismos de “Karma-pa”, una secta retoño de los grandes Gelukpa (los casquetes amarillos) en Tíbet y cuyo nombre representa sus enseñanzas: “los creyentes en la eficacia del Karma” (acción o buenas obras), un Upasaka (discípulo) pregunta a su Maestro: “¿por qué el destino de los pobres animales ha cambiado, recientemente?” En la antigüedad, nunca se había maltratado o matado a un animal en proximidad de un templo budista o de otra denominación en China, mientras ahora son matados y vendidos en los mercados de varias ciudades. La respuesta es sugestiva:

“No sentencias a la naturaleza por esta injusticia sin paralelo. No busques en vano los efectos Kármicos para explicar la crueldad; ya que *Tenbrel Chugnyi* (la conexión causal, *Nidâna*) no te enseñará ninguno de ellos. Es la llegada importuna de los Peling (el extranjero cristiano), cuyos tres dioses feroces rehusaron proteger a los débiles y a los *pequeños* (animales), por eso nuestros compañeros mudos sufren incesante y profundamente.”

He aquí, brevemente, la respuesta a la pregunta anterior. Para algunos religiosos puede ser útil, aunque desagradable, que se les diga que la culpa de este sufrimiento universal cae, completamente, sobre nuestra religión occidental y nuestra primera educación. Todo sistema filosófico oriental, toda religión y secta de antaño: la brahmánica, la egipcia, la china y, finalmente, el sistema ético más puro y noble de todos, el budismo, inculcó siempre la bondad y la protección para toda criatura viva, desde el cuadrúpedo y el ave, hasta los insectos y los reptiles. Sólo nuestra religión occidental se queda aislada, como un monumento al egoísmo *humano* más gigantesco que el cerebro humano pudo desenvolver, exenta de palabras en favor del pobre reino animal o de su protección. No sólo no los protege, sino hace lo contrario; ya que la teología, enfatizando una frase en el capítulo jehovista de la “Creación”, lo interpreta como prueba que los animales y todo el resto, fueron creados para el ser humano. Por eso el deporte de la caza se ha convertido en los recreos *más nobles* de la clase privilegiada. Entonces, cada otoño, en todos los países cristianos, se matan, se hieren y se torturan a millones de pobres pájaros inocentes para el deleite del hombre. También se maltrata, a menudo con una crueldad a sangre fría, el caballo y el buey durante su juventud y cuando la ancianidad los incapacita para el trabajo, sigue una brutal indiferencia a su destino y una ingratitud después de años de dura labor para el ser humano, sirviéndole. En cualquier país en que el europeo entra, empieza la matanza de los animales, diezmándolos inútilmente.

Cuando un hombre fue acusado de haber matado a su hermana, el juez budista en una ciudad fronteriza china, *infectada* por piadosos religiosos europeos y misioneros, preguntó: “¿Ha el prisionero, tal vez, matado *por placer personal* a los animales?” Siendo la respuesta afirmativa, puesto que el prisionero había sido el servidor de un coronel ruso, “un cazador poderoso ante el Señor”, el juez no necesitó ninguna otra prueba y el veredicto fue, justamente, “culpable”, como su sucesiva confesión comprobó.

¿Deberíamos culpar el cristianismo y hasta el laico cristiano por eso? No. Es el pernicioso sistema de la teología, largos siglos de teocracia y el egoísmo feroz en constante ascenso en los países occidentales civilizados. ¿Qué *podemos* hacer?

¿Es El Suicidio Un Crimen?

UNA CARTA Y UNA RESPUESTA

El *escritor* del número de Noviembre del “Spiritualist” de Londres, llama a “Fragmentos de Verdad Oculta” un tinglado especulativo, sin embargo, no creo que pueda dar el mismo epíteto al *Fragmento 3*, en el cual se presenta, de manera muy cautelosa, la hipótesis referente al suicidio. Si consideramos la hipótesis en su aspecto general, parece bastante fundada, satisface a nuestros instintos acerca de la Ley Moral del Universo y encaja con nuestras ideas ordinarias y las que hemos derivado de la ciencia. La inferencia deducida de los dos casos citados: el del suicidio egoísta por un lado y el del no egoísta por el otro, es que, aun cuando los estados después de la muerte pueden cambiar, el resultado es, invariablemente, malo; la variación consiste sólo en el grado de castigo. Me parece que, el escritor, llegando a tal conclusión, no podía haber tenido presente todos los posibles casos de suicidios que pueden ocurrir y acontecen. Desde luego afirmo que, en algunos casos, el autosacrificio no sólo es justificable sino que moralmente deseable y el resultado de este autosacrificio no puede ser malo. Someteré un caso, quizá el más raro de los raros, aunque esto no lo vuelva, necesariamente, en una pura hipótesis; ya que *conozco* al menos un hombre, en el que estoy interesado, que actuó inducido por sentimientos no disímiles a los que me apresto a describir, agradeciéndole mucho toda luz adicional que se pueda arrojar sobre este tema oscuramente misterioso. (Véase la Nota del Editor número 1.)

Supongamos que un individuo, que llamaré M., empiece a pensar por un largo tiempo y de manera profunda, en las cuestiones enigmáticas de los misterios de la existencia terrenal, sus propósitos y los deberes más elevados del ser humano. A fin de asistir sus pensamientos, se dirige a las obras filosóficas: especialmente las que tratan con las enseñanzas sublimes de Buda. Finalmente llega a la conclusión de que *el primero y el único* propósito de la existencia es el de ser útil a nuestros compañeros, los seres humanos. Fracasar en esto implica su inutilidad como ser humano sensible y, al continuar una vida sin valor disipa, simplemente, la energía que se le ha encomendado que, como depositario, no tiene ningún derecho a gastar. El trata de ser útil, sin embargo fracasa de manera deplorable. ¿Cuál es el remedio? Recuerde que en este caso no hay “océano de aflicciones” contra las “cuales dirigir el ejército”, ninguna ley humana violada a la cual temerle, ningún castigo terrenal merecido al cual sustraerse; en efecto, el autosacrificio no involucra ninguna cobardía moral. M. simplemente pone fin a una existencia inútil que, por lo tanto, no logra su propósito primario. ¿Es su acto injustificable? ¿Debe, también él, sufrir esa transformación en *fantasma y pisacha*, contra la cual el “Fragmento 3” profiere su terrible aviso? (Véase nota de la editora número 2.)

Quizá M. pueda obtener, en el próximo renacimiento, condiciones más favorables, estando más capacitado para discernir el propósito del Ser. Bueno, no puede encontrarse en una situación peor; ya que, además de estar inspirado por un motivo noble que lo induce a desaparecer, dejándole el lugar a uno que pueda ser más servicial, en este caso no ha sido culpable de ninguna abyección moral. (Véase nota de la editora número 3).

No he terminado, voy un paso más allá y digo que M. no sólo es inútil; sino positivamente dañino. El se da cuenta de que, además de su incapacidad de hacer el bien, hay una cierta disposición inquieta que lo insta, perpetuamente, a *hacer un esfuerzo por* hacer el bien. M. lo hace, sería indigno del nombre de hombre si no lo hiciera y descubre que su incapacidad, muy generalmente, lo conduce al error, convirtiendo el bien posible en un mal real. Además, debido a su naturaleza, nacimiento y educación, se percata de que una gran cantidad de seres humanos se ven afectados por los efectos de su celo equivocado y que el mundo en general sufre más por su existencia que si no existiera. Entonces, si después de haber llegado a tales determinaciones, M. trata de llevar a cabo su conclusión lógica, según la cual: estando moralmente vinculado a disminuir los sufrimientos a los cuales los seres humanos están sujetos, debería destruirse a sí mismo, que es el único bien que puede hacer; pregunto: ¿hay alguna culpa moral en el acto

de anticipar la muerte en tal caso? Yo diría que no. Además, sostengo y estoy dispuesto a ser corregido por un conocimiento superior, que M. no sólo está justificado en matarse, sino que sería un villano si no lo hiciese, poniendo fin, a la vez y sin vacilar, a una vida que no sólo es inútil, sino perjudicial. (Véase nota de la editora número 4.)

M. podría equivocarse, mas supongamos que muera acariciando la feliz ilusión de que la muerte contiene todo lo bueno y la vida todo el mal que él es capaz de hacer, ¿no hay, en este caso, circunstancias atenuantes en su favor, que le ayuden a obviar la caída en el abismo horrible con el cual sus lectores han sido atemorizados? (Véase nota de la editora número 5.)

Reitero, el caso de M. no es hipotético. La historia está salpicada de ejemplos de existencias inútiles y perniciosas, vividas hasta el final en detrimento de las naciones. Basta considerar los autores de la revolución francesa, que ardían con un amor por sus compañeros como nunca se atizó en el corazón humano. ¡Míralos, empapados de la sangre de los inocentes, causando unos desastres indescriptibles en su país, en el nombre sagrado de la Libertad! ¡Aparentemente, qué fuertes y en realidad, qué miserablemente débiles! ¿Qué infausto resultado de incapacidad ha sido el de ellos? ¿Si hubiesen podido ver con los ojos de M., no habrían querido ser sus prototipos? ¿Acaso la Francia no habría sido bendita si hubiesen anticipado a M.?

Nuevamente, miren a Jorge III de Inglaterra, un soberano bien intencionado, sin embargo incapaz, quien, después de haber reinado por unos cuantos años, dejó su país abatido y empobrecido por las guerras extranjeras, desgarrado por disensos internos y separado de una raza emparentada al otro lado del Atlántico, con las libertades de sus sujetos conculcadas y la virtud prostituida en el Gabinete, en el Parlamento y en los procesos electorales. Su correspondencia con Lord North y otros, prueba abundantemente que las calamidades de Gran Bretaña y de Irlanda son reconducibles a su virtud presumida, por bien intencionada que fuera; calamidades, éstas, de las cuales el Reino Unido aun no se ha recuperado plenamente. Fausto hubiera sido para Inglaterra si este regente, al igual que M., hubiera visto la inutilidad de su vida, cortándola en cierne de su perniciosa carrera; así como M. podría hacer.

Un Investigador

LAS NOTAS DE LA EDITORA

(1). El “Investigador” no es un Ocultista, de aquí su aserción que, en algunos casos, el suicidio “no sólo es justificable, sino moralmente deseable.” Nunca es justificable, así como no lo es el asesinato, a pesar de lo deseable que a veces parezca. El Ocultista, que considera el origen y el fin último de las cosas, enseña que, el individuo según el cual, cualquier hombre, bajo cualesquiera circunstancia, es llamado a poner fin a su vida, es culpable de una ofensa tan grande y de un sofisma tan pernicioso como la nación que se arroga el derecho de matar, en guerra, a millares de personas inocentes bajo el pretexto de vengar el daño perpetrado a uno. Todas estas maneras de razonar, son el fruto de *Avidya*, confundida por filosofía y sabiduría. Nuestro amigo se equivoca al pensar que el escritor de “Fragmentos” llegó a sus conclusiones, sólo porque no logró mantener presente todos los casos posibles de suicidio. El resultado, desde un punto de vista, es ciertamente invariable y existe sólo una ley o regla general para todos los suicidas. Sin embargo, debido a que “los estados después de la muerte” varían al infinito, es erróneo inferir que tal variación *consiste sólo en el grado de castigo*. Si el resultado será, *en cada caso*, la necesidad de vivir el período que nos corresponde de existencia sensoria, no entendemos de donde el “Investigador” haya entresacado su noción de que: “el resultado es invariablemente malo.” El resultado rebosa de peligros; pero hay esperanza para ciertos suicidas y, hasta en muchos casos, *hay una recompensa si la vida fue sacrificada para salvar a las ajenas, puesto que no había otras alternativas*. Que lea el séptimo párrafo de la pag. 313 del “Theosophist” de Septiembre y reflexione. Por supuesto, el escritor considera la cuestión sólo desde un punto de vista general. A fin de tratar de manera exhaustiva todos los casos de suicidio y sus estados después de la muerte, requeriría un estante de volúmenes de la Librería del Museo Británico y no nuestros “Fragmentos.”

(2). Reiteramos, ningún ser humano tiene el derecho de poner fin a su existencia porque es inútil. De la misma forma, se podría argumentar la necesidad de inducir al suicidio todos los inválidos incurables y los lisiados que son una fuente constante de sufrimiento para sus familias; y se podría predicar la belleza moral de esa ley entre algunas de las tribus salvajes de los isleños de los Mares del Sur, obedeciendo a la cual, matan a sus ancianos y ancianas rindiéndoles honores similares a los de guerra. El ejemplo que el “Investigador” ha escogido no es muy satisfactorio. Hay una gran diferencia entre el hombre que interrumpe su vida por el profundo disgusto en sus constantes fracasos a fin de hacer el bien, la desesperación de nunca ser útil o hasta el temor de dañar a los seres humanos quedando vivo y quien la entrega voluntariamente para salvar las vidas que se le han encomendado o las de sus seres queridos. El primero es un misántropo²⁴ semiinsensato, el segundo es un héroe y un mártir. El primero *desperdicia* su vida, el otro la *ofrece* en sacrificio a la filantropía y a su deber. El capitán que se queda a solas en un navío que está yendo a pique; el hombre que cede su lugar en un bote salvavidas que no puede acomodar a todos, en favor de seres más jóvenes o más débiles; el médico, la hermana de la caridad y la enfermera que no abandonan la cama del paciente que muere de una fiebre infecciosa; el científico que transcurre toda su vida en un trabajo y fatiga cerebral, *consciente* de que la está desperdiciando y sigue ofreciéndola, día tras día y noche tras noche, a fin de descubrir alguna gran ley del universo, cuyo descubrimiento puede resultar en algo muy positivo para la humanidad; la madre que se lanza ante la fiera que ataca a sus hijos para escudarlos y darles tiempo de escaparse; todos estos *no son suicidios*. El impulso que los induce a violar la primera gran ley de la naturaleza animada, el primer impulso instintivo que es el de preservar la vida, es sublime y noble. Y aunque todos ellos *deberán* vivir en *Kama Loka* el lapso de vida que les tocaba, son admirados por todos y su memoria vivirá con honores entre los vivos por un período aun más largo. Todos deseamos tener el valor de morir en ocasiones como las citadas anteriormente. Esto no vale en el caso del hombre mencionado por el “Investigador.” A pesar de su aserción de que: “no hay ninguna cobardía moral involucrada” en tal *autosacrificio*, nosotros lo definimos, cabalmente, “cobardía moral”, negándole el nombre de sacrificio.

(3 y 4.) En la mayoría de los casos se requiere más valor para vivir que para morir. Si “M.” siente que es “positivamente dañino”, que se retire a una jungla o a una isla desierta o, lo que es aun mejor, en una cabaña o cueva cerca de una gran ciudad. Entonces, mientras vive la existencia de un ermitaño, una vida que le impediría la posibilidad de dañar a nadie, podría trabajar, de una manera u otra, para los pobres, los hambrientos y los afligidos. Si hace esto, nadie puede “sufrir los efectos de su celo equivocado”; mientras que, si tiene el más mínimo talento, puede beneficiar a muchos mediante el simple trabajo manual llevado a cabo en una soledad y en un silencio completo, como requieran estas circunstancias. Cualquier cosa es mejor, hasta el apodo de filántropo *loco*, que cometer *suicidio*, la acción más cobarde de todas, a menos que, uno acuda al *felo de se* en un momento de demencia.

(5.) El “Investigador” pregunta si su “M.” debe sufrir la transformación en *fantasma* y *pisacha*. Al juzgar del esbozo que su amigo nos ha dado de su carácter, diríamos que, de entre todos los *suicidas*, él es el más probable que se convierta en un *fantasma* de las reuniones espiritistas. Puede ser cierto que no tiene “ninguna abyección moral”, mas puesto que lo aflige una “disposición inquieta que lo insta, perpetuamente, a *esforzarse* por hacer el bien”, aquí en la tierra, no hay razón que conozcamos por la cual, en *Kama Loka* debiera perder tal desdichada disposición (desdichada por su constante fracaso). Un “celo equivocado” lo llevará, seguramente, a varios médiums. “M.”, atraído por el fuerte deseo magnético de los sensitivos y los espiritistas, se sentirá “moralmente vinculado a disminuir los sufrimientos a los cuales están sujetos en la tierra estos seres sensibles (médiums y creyentes)” y, una vez más, *destruirá*, no sólo a sí mismo, sino a sus “afinidades”, los médiums.

²⁴ Quien tiene aversión al trato humano.

¿Es Un Crimen El Feticidio?

Los artículos en su revista, titulados: “¿Es el Suicidio un Crimen?”, han sugerido a mi mente otra pregunta: “¿Es el Feticidio un Crimen?” Personalmente no tengo ninguna seria duda acerca de la ilegalidad de tal acto; sin embargo, en los Estados Unidos, tal hábito es tan prevaleciente que existen, relativamente hablando, sólo unos pocos que pueden discernir algo indebido en esto. Las medicinas para este propósito son anunciadas y vendidas abiertamente. En las “familias respetables”, tal ceremonia se lleva a cabo cada año y el médico de familia quien se opone a emprender este trabajo, se verá despedido perentoriamente, reemplazado por otro más conciliante.

He hablado con algunos médicos quienes producen un aborto con los mismos escrúpulos de conciencia que tienen en suministrar una purga. En cambio, hay ciertos opúsculos de fuentes ortodoxas que se oponen a esta práctica; sin embargo la descripción de las “terribles consecuencias” es tan exagerada, que pierde su poder sobre el lector ordinario debido a su absurdidad.

Hay que confesar que en ciertas circunstancias puede parecer que impedir la llegada de un niño sea lo mejor, tanto para él como para la comunidad en general. Por ejemplo: en el caso que la madre desea seriamente la destrucción del bebé, ese deseo incidirá en la formación del carácter del niño, volviéndolo, en su madurez, en un asesino, un delincuente empedernido o un ser por el cual hubiera sido mejor que “nunca hubiese nacido.”

¿Mas si el feticidio es justificable, no sería mejor matar al niño después de haber nacido; ya que entonces la madre no correría ningún peligro? Si es justificable matar a niños antes o después de haber nacido, uno se pregunta: “¿a qué edad y bajo cuáles condiciones, es el homicidio justificable?”

Como ésta es una cuestión sumamente importante para millares de personas, agradecería si se tratara desde el punto de vista teosófico.

Un “Doctor”, Miembro de la Sociedad Teosófica

George Town,
Colorado, E.U.A

Nota de la Editora. La respuesta teosófica general es: “A ninguna edad y bajo ninguna circunstancia es el homicidio justificable.” Y la Teosofía oculta añade: “La voz de aviso proferida contra la práctica inmoral y peligrosa, no procede desde el punto de vista legal ni de ningún argumento entresacado de uno que otro *ismo*, sino porque: en la filosofía oculta, el binomio fisiología y psicología deja constancia de las consecuencias desastrosas de tal acto.” En el caso en cuestión, no se trata de las causas sino de los efectos producidos. Nuestra filosofía llega a decir tanto que: si el código penal de muchos países castiga el intento de suicidio, debería, si quiere ser coherente consigo mismo, castigar doblemente el feticidio como una tentativa de *suicidio doble*. Puesto que, aun cuando tiene éxito y la madre no muere en aquel entonces, *aun abrevia su vida en la tierra, prolongándola, por un triste lapso, en Kama loka*, la esfera intermedia entre la tierra y la región de descanso, un lugar que no es como el “purgatorio de San Patricio”; sino un hecho y un punto de detención necesario en la evolución del grado de vida. El crimen cometido yace, precisamente, en la destrucción voluntaria y pecaminosa de la vida, una interferencia con las operaciones de la naturaleza y entonces, con el Karma: aquel de la madre y del futuro ser humano. Los ocultistas no consideran este pecado de carácter *religioso*, puesto que en el feto y hasta en un niño que aun no ha llegado a la autoconciencia, no hay más espíritu y alma de la que se encuentra en cualquier otro pequeño animal; ya que negamos la ausencia de alma en el mineral, en la planta o en el animal y creemos en la diferencia de grados. Sin embargo, el feticidio es un crimen contra la naturaleza. Es cierto que el escéptico de cualquier extracción se mofará de nuestras nociones, tildándolas de supersticiones absurdas y “disparates anticientíficos”. Mas nosotros no escribimos para los escépticos. Se nos ha pedido que presentáramos los puntos de vista de la Teosofía (o mejor dicho, de la filosofía oculta) sobre el tema y por lo tanto contestamos a la cuestión según nuestro conocimiento.

El Idealismo Moderno, Peor Que El Materialismo

Por supuesto, lo que vamos a presentar, será como el fruto del Mar Muerto para el materialismo ciego; asimismo: resultará aun más desagradable para los defensores del *hilo-idealismo*, nombre dado al híbrido, fruto de un Protágoras mal entendido y Büchner.

La teosofía no tiene enemigo más acérrimo que el *hilo-idealismo*, el cual es, hoy en día, el gran aliado del materialismo. La razón de esto se debe a que, nosotros, aun repudiando ambos sistemas, aceptamos la mayoría de los hechos *físicos* de la ciencia, rechazando sólo sus conclusiones; mientras que reconocemos una gran cantidad de las doctrinas vedantas en el idealismo moderno el cual carece, al mismo tiempo, de la lógica altamente filosófica y coherente vedantina. De hecho, las conclusiones del materialismo y del idealismo se han dilatado al punto tal que, en su síntesis final, casi se encuentran en su ateísmo y pesimismo. La última palabra de ambos es una negación monótona de cualquiera existencia futura, posible en el espíritu, éste es el alfa y el omega del pensamiento moderno, a pesar de que se reconduzca a las potencias de la materia burda o al nihilismo de la especulación idealista. Aparentemente hay un abismo entre los dos, mas en realidad existe una plataforma en que ambos se dan la mano. El materialismo actual es sólo una sombra más científica de las falacias crasas de Büchner y Moleschott. Es la misma calavera con su boca estereotipada que sonrío de manera horrible, aunque ahora está coronado por una guirnalda de flores retóricas tejida por la oratoria sin paralelo de Tyndall. En lo referente al idealismo de cualquier escuela, éste se ha convertido en una “caricatura doble” de Kant y Schopenhauer. Prevalece el tipo de “rigor y vigor” de la generalización, como demuestra la actitud de los materialistas (o realistas) y de los idealistas hacia lo que J. S. Mills define como: “el campo de batalla de la metafísica.”

El materialista afirma que la materia, o el universo externo, existe independientemente de una mente que percibe; en pocas palabras, declara que el objeto ha desenvuelto al sujeto el cual, a su turno, refleja a su autor en su conciencia.

El idealista puro, en cambio, dirá: “No es así; la mente está muy lejos de ser la resultante de un proceso evolutivo de la materia, esta última existe sólo en la conciencia. Todo lo que sabemos o podemos saber, son los estados de nuestra conciencia; los objetos son tales sólo por medio y a través de un Ego que percibe *sus sensaciones* y, como tales, son necesariamente fenoménicos. Al destruir la mente se deshilacha todo el tejido de la aparente objetividad.”

¿En qué respecto, tal *idealista* es más “ideal” que el materialista? El segundo niega, redondamente, cualquier cosa que exista fuera de la materia y el primero dice que nada *es*, negando el binomio espíritu y materia; mas estas dos posiciones no agotan las alternativas. Mientras queda claro que el realista no puede postular la existencia independiente del mundo *externo*, excepto *proyectando en el espacio las visiones de su subjetividad*; el idealista (¡puro!) se ve llevado cara a cara con la aserción de la ciencia, según la cual el universo objetivo existió eones antes de que rayara la primera conciencia humana.

La negociación entre los dos sistemas opuestos, que se les conoce con varios nombres: realismo *transfigurado*, realismo trascendental o, aun mejor, idealismo objetivo (contrapuesto al puro), podrá salvarnos de este dilema si sólo dicho realismo transfigurado concibiera el objeto y el sujeto como lo hacen los ocultistas vedantinos. Según este sistema, el mundo externo de nuestra conciencia actual, es el producto de la interacción de objeto y sujeto. A pesar de que, según se dice, no exista inherentemente, es la creación de la mente individual, por ende, la materia es, igualmente, la *manifestación sensible de la objetividad de una sustancia desconocida* (desconocida sólo al profano). La mente *traduce* las impresiones recibidas desde lo externo, impresiones irradiadas desde el mundo de los *nóúmenos* en el panorama de la ideación puramente subjetiva. El objeto, como aparece en la conciencia, es fenoménico, mas el estímulo primario procede de lo *externo*. El sujeto y el objeto, como *nóúmenos*, son igualmente reales, mas la *percepción del objeto* es una creación subjetiva. Tomemos, por ejemplo, el caso del sol. Para el realista, la estrella gloriosa, existe fuera de la mente e independientemente de ésta, *así como aparece en la conciencia*. Para el idealista, es la creación de la Mente y perece con ella. Para el idealista

objetivo, con la mente parece el sol fenoménico; sin embargo *se queda una sustancia desconocida, cuya naturaleza trasciende la posibilidad de la concepción humana.*

El Ocultista niega todo esto, excepto la “sustancia desconocida”. Para él, tanto el sujeto como el objeto, *ego*, sol, mente y el universo mismo, son una gran ilusión, *Maya*. Sin embargo, puesto que el binomio perceptor y objeto percibido pertenece al mismo plano de ilusión, los dos son realidades mutuas y recíprocas *por el tiempo que dura la ilusión manvantárica*. En verdad, la realidad que está fuera y más allá del espacio y del tiempo implica que todo lo anterior es el efecto y el resultado de la ignorancia. Mas volvamos a la conclusión de uno de los más grandes pensadores actuales: Herbert Spencer, según cuyo argumento: “si entonces, el objeto percibido es el ser, ¿cuál es el sujeto que percibe?” Y concluye diciendo que tal proceso es concebible sólo “aniquilando a ambos”, (“Primeros Principios”). Nosotros decimos que, según el Ocultista, él se equivoca por completo. Parece que Spencer conozca sólo un grado de subjetividad y no tiene ninguna idea de la enseñanza oculta (*Yoga*) de la existencia de otros planos más elevados de conciencia, de visión o de percepción que los de la mente. Me estoy refiriendo, en pocas palabras, a la existencia de un “Ego Trascendental” o el verdadero *ser* (Buddhi), una chispa de la esencia radiante del Espíritu Universal. Entonces, volviendo a la pregunta de Spencer: “¿Si eso que piensa es el verdadero ser, cuál otro ser es eso en el cual se piensa?”, contestaremos en el modo siguiente: el Ser *verdadero* es inherentemente impersonal; la conciencia *personal* o del cerebro es simplemente un reflejo ilusorio en la existencia encarnada. La psicología occidental yerra cuando considera este *ego personal* como el único factor a tener presente en sus búsquedas. Entonces, el argumento concerniente a la imposibilidad de concebir el Sujeto que se percibe a sí mismo, es absolutamente válido *si limitamos el sujeto a la mente* (manas), mientras se viene abajo en el momento en que afirmamos, junto a Kant y a sus modernos exponentes, la existencia de un Ser Superior o un “sujeto Trascendental”. Desde luego, en el acto de auto-análisis, la *Mente* se vuelve, a su vez, en un objeto para la conciencia espiritual. La *toma de conciencia* última de la existencia, es decir: la auto-conciencia en su forma más pura, se debe a que *Buddhi* ilumina la mente. Al mismo tiempo, hay que tener presente que la conciencia *plena* del Ser espiritual es imposible para un ser encarnado de la cuarta Ronda. El ego Espiritual no refleja ningún estado variante de conciencia, es independiente de toda sensación (experiencia); *no piensa*, SABE, por medio de un proceso intuitivo que el ser humano ordinario sólo puede vagamente concebir. “El sujeto que percibe”, la mente, como atributo de sí misma, es este Ego Trascendental o espiritual (Buddhi). Aquél que quiere saber más, que estudie, *esotéricamente*, el Vedanta y la Filosofía Yoga de Patanjali. “Aquél que conoce el Ser, trasciende el dolor”, (“Chandogya Upanishad”, VII, I, 3); además: “Aquél que conoce al Brahman Supremo, se convierte en Brahman”, (“Mundaka Upanishad”, III, II, 9).

“El agregado colectivo de la *ignorancia*”, según nos dice el “Vedantasara”, ha llevado a las definiciones *científicas* de los opositores, como la que, por ejemplo, encontramos entre las numerosas perlas esparcidas por el doctor Lewin en su “¿Qué es la Religión?” Lo recomendamos por la belleza y la claridad del idioma, aunque su crítico²⁵ pide al lector tener presente que: “la filosofía de Lewin no yace en la superficie”²⁶, sin embargo uno pudo ser excusado para insistir en hacer un escrutinio más riguroso de un sistema que se propone sustituir toda filosofía arcaica, antigua o inexistente, por el hilo-idealismo, que, según se afirma, es la unión *científica* del materialismo y del idealismo o del aceite y del agua. Ya que, como dice el crítico: “materia, materia por todas partes”, y justamente agrega acerca de las hipótesis materialistas e idealistas que: “ambas posiciones conducen a absurdos de pensamientos burdos; más aún, *impensables*” (pag. 3). ¿Qué es lo que dice el doctor Lewin?” He aquí unos párrafos:

“Con el término hilo-idealismo quiero decir simplemente una forma menos ambigua y explicativa de la palabra ‘Psicología’, (cuyo término) [...] es el credo atribuido a todo conocimiento humano racional, *en contraposición al misticismo oculto y mórbido de la ontología o metafísica* [...] Por lo tanto: la psicología es relativa y fenoménica, la doctrina de la vida [...] y el conocimiento *humano* que empieza y termina como atropomorfosis y *automórfosis*, que es una con el hilo-idealismo, la teoría racional o cerebral de la mente y la materia [...] Sin ningún ulterior preámbulo, quiero decir que el teorema hilozoico de la vida y

²⁵ “Una Examen y una Exposición Popular de la Filosofía Hilo-Idealista” de William Bell McTaggart.

²⁶ Esta frase está en el Prefacio.

del mundo puede formularse como la imposibilidad máxima y evidente en la naturaleza de las cosas, *para trascender o escaparse, de todos modos, de los límites de nuestra anatomía, nuestro Ego consciente* [¡que es hecho uno con la *anatomía!*]; el No-Ego o el falsamente llamado “universo externo”, siendo sólo la imagen objetiva o proyectada de nuestra *egoidad* y no la *efigie verdadera* ni la sustancia absoluta de cualquier ‘cosa’ externa al ser [...] las entidades o no-entidades, abstractas o concretas desde la Divinidad hacia abajo, son sólo imágenes ideales o fenoménicas [...] la base física esencial, el protoplasma o *taller del cual* la neurona-vesicular o *el tejido gris de los ganglios hemisféricos* [...] es decir la función de un organismo somático que es, en sí, la fuente y el origen de todo conocimiento. Por ende parece perfectametne claro que, el objetivo, como es reflejado ahora en el pensamiento moderno, puede tener sólo una existencia relativa [...] En otras palabras: esto sólo está formulando la *solidaridad* del Ego y del No-Ego; así como *hoy, a la psicosis se le diagnostica por medio de una sintomatología médico-psicológica, llamada vesiculo-neurosis en actividad* [...] [!]”

Esta es la traducción *clara* y eficaz de la última conclusión a la cual ha llegado el *pensamiento moderno*.

H.P. BLAVATSKY

Unas Perlas de Sabiduría de H. P. Blavatsky

[...] Es necesario distinguir a [los estudiantes] en dos amplias divisiones: aquellos que aun no se han liberado de las dudas escépticas usuales, sin embargo anhelan verificar cuánta verdad contienen las afirmaciones de los Ocultistas y aquellos que, habiéndose liberado de las cadenas del materialismo y de la relatividad, sienten que la verdadera dicha hay que buscarla sólo en el conocimiento y en la experiencia personal de lo que el filósofo hindú llama el Brahmavidya y el Arhat budista la realización de Adibudha, la Sabiduría primordial. Que los escépticos escojan y estudien, de las enseñanzas recibidas, sólo esas explicaciones de los fenómenos de la vida que la ciencia profana es incapaz de darles. Aun con estas limitaciones se percatarán de que, dentro de uno o dos años, habrán aprendido más que todo lo que sus universidades y colegios puedan enseñarles. En lo que concierne a los creyentes sinceros, serán recompensados con notar que su fe se transformará en conocimiento. El verdadero saber es sólo del Espíritu y en el Espíritu y su alcance es asequible, exclusivamente, a través de la región de la mente superior, el único plano del cual podemos alcanzar las profundidades de la omnipenetrante Absolutividad. Aquel que cumple sólo con las leyes establecidas por las mentes humanas, que vive su existencia siguiendo el código legislativo mortal y falaz, escoge una estrella guía que brilla sobre el océano de Maya o de las ilusiones transitorias, cuya duración se extiende simplemente por una encarnación. Estas leyes son necesarias sólo para la vida y el bienestar del ser físico. Ha elegido a un timonero que lo oriente a lo largo de los escollos de una existencia, un Maestro que se despide de él en el umbral de la muerte. Mucho más feliz es el ser quien, aun cumpliendo rigurosamente con los deberes del diario vivir en el plano provisional y objetivo, ateniéndose al sistema legislativo del propio país, en substancia, dando al César lo que es del César, en realidad conduce una existencia espiritual y por lo tanto permanente, una vida exenta de discontinuidad, sin lagunas ni entreactos, ni siquiera durante esos períodos que constituyen el lapso de descanso de los largos peregrinajes de la vida puramente espiritual llamados estados “después de la muerte.” Todos los fenómenos de la mente (inferior) humana se descorrerán como el telón del escenario, permitiéndonos, entonces, vivir en la región de atrás, el plano del Nóumeno, lo único verdadero. Si el ser humano logra suprimir si no destruir, su egoísmo y personalidad y conocerse como es tras del velo del Maya físico, muy pronto trascenderá el dolor, la miseria y las peripecias que proceden del cambio, el artífice principal del dolor. Un ser humano de este género será físico, se moverá en un ambiente material y aún vivirá más allá y fuera de él. Su cuerpo estará sujeto al cambio, sin embargo él lo habrá trascendido completamente, experimentará la vida eterna hasta en cuerpos transitorios de breve duración. Todo esto puede alcanzarse desarrollando un amor altruista y universal para la Humanidad, suprimiendo la personalidad o el *egoísmo*, la causa de todo pecado y del dolor humano [...]

[...] Aquel que quiere seguir el funcionamiento de su ser y naturaleza interior con el propósito de autodominarse, debe comprenderlos por comparación. Debe esforzarse a fin de sondear los misterios del corazón humano en general, antes de que pueda esperar aprender la verdad integral de los misterios de su alma. El poder de la autointrospección oculta es muy ceñido en su área si no trasciende el ser; y la investigación de ejemplos aislados permanecerá por siempre infructífera si no logramos elaborarla recurriendo a principios firmemente establecidos. No podemos hacernos el bien en un plano superior sin hacer el bien a los demás, ya que cada naturaleza influencia a otras, ni podemos ayudar a los demás sin que tal auxilio nos beneficie [...]

[Entresacado del Libro de Apuntes de la Condesa Wachtmeister, Octubre 1885]

No puedo hacer os ningún bien, si vosotros mismos no lográis situaros en la atmósfera de la Teosofía y de los Maestros o, mejor dicho, si aun no acertáis a *percibir* Los a vuestros alrededores, como habéis hecho hasta ahora. Repetiré vuestras palabras: la carne es débil y el espíritu es activo sólo ocasionalmente en la naturaleza humana. Sin embargo, ¿quién, de entre vosotros, puede decir que este vuelco mental repentino, es decir, en las mentes de unos pocos Teósofos escogidos y excepcionales y el consecuente despertar, después de casi un año de apatía e inactividad, no sean atribuibles a una Mano guía? ¿Sería una mera coincidencia el efecto de una causa *que no es el fruto del caso!*

Queridos colegas: en la vida de cada Teósofo, si no de cada miembro de *nuestra* Sociedad, se entraña una concatenación ininterrumpida de causas y efectos, *Nidana*. Esto es lo que distingue, principalmente, la Sociedad Teosófica de las demás Sociedades, cuyas fuerzas motrices son la ciencia en el plano físico o la *Fe*, en lo emotivo, como la del Ejército de la Salvación. Nadie parece aun sospechar la verdadera naturaleza de la Sociedad Teosófica, la *cual no puede morir*, aunque la policía secreta de Oxford, Cambridge, austriaca, alemana y rusa tratara de destruirla. Las Ramas individuales pueden disgregarse; pero el Cuerpo Madre, ya sea en Adyar o en el Polo Norte, no puede ser aniquilado; ya que es la cuna y el granero de las Sociedades del Siglo XX. Sólo trabajando en armonía con las líneas trazadas por los Maestros es posible prevenir que dichas Ramas se disgreguen y, si puedo apuntalar la vuestra, que me usen como columna más humilde o mortero en su badilejo para cementar y reparar las paredes partidas de la desdichada Logia de Londres. Sin embargo, si los albañiles no ordenan, primero, sus materiales, preparando los ladrillos, ¿qué puede hacer el *cemento*? ¿Cómo puedo crear la Teosofía en los corazones de los cuales se ha fugado, quizá para siempre, si jamás la contuvieron? [...]

[...] Acabo de mencionar *Nidana* (la ley de causa y efecto) en la vida de todo teósofo *intensamente sincero*; pero debo agregar unas palabras a esto.

Para empezar, ninguno de vosotros, Hijos de vuestra generación y medio ambiente, parece haber prestado la más mínima atención a este misterioso *Nidana*; nadie, aun entre los más dedicados, jamás ha pensado en escudriñar, estudiar y por lo tanto aprovechar, de las lecciones ahí contenidas, la tela de la vida siempre tejida a vuestro alrededor. Pero, *vosotros*, aun los que están exentos de poderes clarividentes, *podrías aprender* de esa red intangible, sin embargo claramente visible (a los que ponen atención a su obra), estando el libro siempre abierto, delineado en la luz mística que os circunda. Es probable que vosotros pensáis que no podéis aprender de ella. Si os preguntara: ¿por qué, mediante la mera ayuda de la luz de vuestros poderes e intelectos racionales en el plano físico, por no hablar del espiritual, no habéis jamás seguido estos archivos diarios en la vida de cada uno de vosotros, estos eventos insignificantes que componen a la vida, siendo la mejor prueba obtenible de la *Presencia* invisible entre vosotros? ¿Qué contestaríais? Quizá, vuestra pregunta sea: ¿cómo podríamos saberlo? Es cierto que Mohini debe haberos dicho; pero, que os hayáis enterado o no, *así es*. Habláis del contacto con el Maestro o los Maestros diciendo: “que os habéis esforzado para obtenerlo” y admitís que lo habéis aun compartido “inconscientemente y hasta cierto grado”. Yo os digo que así es y antes de que podáis esperar *recibir más, debéis daros cuenta de lo que teníais*. [...]

[...] Sé que los Maestros, sin interferir con el Karma, algo con lo que aun Ellos no tienen el derecho de inmiscuirse, han precipitado y, en otros casos, retrasado, algunos eventos y contingencias en las vidas de cada uno de vosotros que sois sinceros y genuinos. Si vosotros hubierais prestado atención a esas causalidades y pequeños eventos, su desplegarse podría haberos revelado una mano guía. Sin embargo, aun vosotros parecéis haber perdido de vista una gran verdad que uno de vuestro grupo pronunció: “el mundo, el mundo de todos los días, en que los seres humanos viven, se mueven y existen como si no hubiese otro, es simplemente una apariencia más allá de la cual se oculta una realidad mucho más elevada y noble.” Lo antedicho lo habéis entendido en sentido limitado y así no habéis logrado aplicarlo tanto a vosotros mismos como a vuestros colaboradores en el grupo. Aún, es la primera regla en el diario vivir de un estudiante en Ocultismo, es decir, que jamás se haga caso omiso hasta de la circunstancia más pequeña que puede verificarse en vuestra vida o en la de vuestros colaboradores, porque hay que grabarla y ordenarla en nuestros archivos, a pesar de que estén o no relacionadas con nuestras búsquedas

espirituales, para que luego se reúnan, comparándolas con los archivos ajenos, extrayendo de ellas su sentido interno. Esto deberíais hacerlo, al menos, una vez por semana. De estos totales, vosotros podréis discernir la dirección y el sendero a seguir. Es el fenómeno de la “transferencia de pesamiento” y las *suposiciones* del Obispo capaz de leer el pensamiento, aplicados a los eventos en la vida. Tan pronto como comparáis y sumáis estos eventos (a menudo los más insignificantes son los más determinativos) y su curso os revelará, como una acción levemente perceptible de un músculo en la mano (con la cual este Obispo está en contacto), la dirección a seguir y el sendero a recorrer para llegar a la verdadera luz. Nadie, trabajando a solas, puede alcanzar esto, pero donde hay un buen número de personas es relativamente fácil. Es el método usado para los chelas más jóvenes y llena varios objetivos buscados. Concentra su atención sobre el *nómeno* de los fenómenos o los eventos más simples de la vida (siendo estos acontecimientos guiados y preparados por el *Guru* invisible) y aleja su atención de cosas que interferirían con su entrenamiento mental. Aguza y desarrolla su intuición y, al mismo tiempo, los hace gradualmente más receptivos a los cambios más leves en la influencia espiritual de su *Guru*, etc., etc.

Sin embargo, si cada miembro de vuestro grupo, siguiendo las antiguas líneas sociales, prefiere ver en todo evento o contingencia de su vida, el efecto de una causa producida por su libre albedrío o el simple caso, jamás estableceréis, en vuestro grupo, el primer elemento necesario: la perfecta unidad de pensamiento y armonía entre vuestros seres espirituales. No podéis proceder directos desde lo universal, sino que debéis empezar del particular. Una vez que un místico sincero se une a la Sociedad Teosófica se coloca, de forma invisible e inconsciente, en un plano distinto de las personas que lo circundan. Ya no hay circunstancias anodinas o insignificantes en su vida; ya que cada una es una línea intencionalmente situada en la cadena de eventos que deben conducirlo adelante hacia la “Puerta Aurea” o las “Puertas de Oro”. Cada paso, cada persona que encuentra, cada palabra pronunciada, puede ser una palabra colocada a propósito en la frase del día, proponiéndose dar cierta importancia al capítulo al cual pertenece, impartiendo, éste u otros sentidos (Kármicos), al tomo de la vida.